

# **justicia de Ocasión**



*“Si tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como hace la mayoría, estoy seguro que no me quedaría nada por lo que vivir”.*

D. H. Thoreau (1845)

## **Capítulo I**

Al Sol no debe hacerle ninguna gracia que nos despertemos antes que Él. Es como pisar el suelo recién fregado sin haberse secado por completo. Además, por algo Él no aparece súbitamente: porque nuestros ojos requieren un breve proceso de adaptación desde la oscuridad de la Noche a Su Luz. Es como si anunciase: «Buenos días, amigos, ya podéis ir levantándoos». Madre Naturaleza lo dispuso así. Sin embargo, el hombre (no, ¡no lo escribiré con mayúscula puesto que, en este caso, no lo merece!) fabricó el despertador. Un invento frívolo y mordaz. Un antagonista del Ritmo de la Naturaleza.

Por aquella época, amiguito mío, me despertaba a las seis de la mañana. (¡Contra Natura!). Tras hacerme la glucemia (análisis del nivel de azúcar en la sangre, pues soy diabético), me inyectaba la insulina de acción lenta en el muslo,

abandonaba la cama y a la ducha. Ya vestido, preparaba el café y en el mismo instante en que introducía las dos tazas en el microondas, llamaba a Claudia.

– Vamos, bicho, arriba, que ya es hora.

Al cabo de unos minutos aparecía ella en la cocina con somnolienta cara de pocos amigos y tomaba asiento maquinalmente delante del humeante café con leche.

– Buenos días, no he pegado ojo en toda la noche –chanceaba yo, pues habitualmente dormía a pierna suelta.

Ella me miraba, se frotaba los ojos, fruncía su nariz y sonreía, desperezando su cara. Sintiendo la cafeína fluir por mis venas, comenzaba a preparar mi mochila. Largábame de casa a las seis y media.

– Pásatelo bien –me despedía Claudia mordaz.

– ¿A que no voy? –galleaba yo, mientras bajaba las escaleras aprisa.

De camino a la estación, solía escuchar los nocturnos de Chopin en mis auriculares. Frédéric embalsamó la Noche para la eternidad. He de reconocer, amiguito mío, que se me escapaba alguna que otra lagrimilla. Las guardaba mentalmente en un frasco y lo enviaba hacia su tumba en París. ¡Las flores de su sepulcro permanecerán frescas y pulcras por los siglos de los siglos!

La ciudad de Zaragoza dormía con un ojo abierto. Yo andaba rápido. Gatos en las tapias bostezaban ampulosamente y tocaban sus guitarras sordas. Unas pocas luces en las miles y miles de ventanas. Sombras chinescas. Siluetas

simiescas vistiéndose de mala gana. Autobuses vacíos y coches vacíos. Semáforos esclavos soñando con el imposible color azul. Imaginaba que el firmamento se resquebrajaba y germinaba La Noche Estrellada. De entre la negra bóveda, descendía serpenteando una fina y refulgente cadenita de plata. Con todas mis fuerzas la estiraba hacia abajo apagando así la remota lámpara lunar y comenzando un nuevo día.

La estación de Zaragoza Delicias semblaba el esqueleto de una inmensa cucaracha albina. El límpido y brillante estómago de un vagabundo gigante. A las siete en punto, atravesaba los arcos del triunfo de la seguridad sobre la Libertad y una cinta mecánica me transportaba al frío andén. El segurata cada día con su torva mirada escaneándome. (Él) deseaba que (yo) fuese terrorista. Se le notaba a la legua. Me detendría y le condecorarían con un magnífico pin al mérito profesional por evitar centenares de víctimas. Yo le lanzaba una mirada de «en la mochila no llevo nada, pero aquí abajo llevo dos buenas bombas a punto de explotar en tu...» La gran depresión me aprisionaba cuando llegaba al andén. Me sentía como él: *Todos los trenes paran aquí, pero yo no puedo subir en ninguno.* Mi tren partía a las siete horas y ocho minutos. Pero *mi* tren no era ése. *Mi* tren se vendría algún día conmigo a pasear pausadamente a lo largo de un sempiterno y horizontal atardecer vietnamita. O a vivir a la cabaña del tío Thoreau en Walden. Fíjate en los viajeros, amiguito mío. Sus maletas los guían y ellos ladran falderos. Siempre tienen prisa por subir y bajar al tren, pero durante el trayecto duermen; aunque a veces hablan, desgraciadamente. He aquí unos ejemplos:

– Sí, sí, sí. Acabo de llamar a Alberto y le he ordenado que los ponga a

trabajar a todos ¡pero ya! Que coman un bocadillo y sigan por la tarde. Que no se pueden quejar, que cobran escrupulosamente todos los 6 de cada mes. Vamos muy justos de tiempo y hemos de liquidar ese asunto cuanto antes. Esta tarde me reuniré con el consejo de Administración de Dumbing y les formularé las nuevas propuestas. Confío, Juan, tengo mucha confianza, de veras. Esta noche hablamos. Un saludo, un saludo.

– No, no, ¡no!, ya te he dicho que no. Este fin de semana no puedo. Tengo un viaje de negocios. No puedo aplazar ninguno más hasta el verano. Llévatelos al zoo o haz lo que te plazca. O déjaselos a tus padres. Yo no puedo, de verdad que no puedo. Y no me vengas con denuncias por Dios que nos las tendremos otra vez. Además te gano: 5 a 3 (seguramente se refería a sentencias favorables). Je, je. Ah, ni pretendas una revisión del convenio, que enseguida te come la cabeza tu abogado ese guaperas. Por cierto, el otro día lo vi jugando al golf, menudo estilo de pacotilla tiene. Y este año voy algo justo, ni se te ocurra pedirme semejante dineral para los libros del colegio. Que se los pasen el uno al otro como se ha hecho toda vida. Bueno, tengo que dejarte que entramos en un túnel. Adiós.

– Sí, sí, sin duda. Invierte ya. Ahora. Ahora mismo. Cuelgo, cuelgo, no tienes tiempo que perder.

– Sí, sí, Miguel, ya te digo, la verdad es que fue vergonzoso. Cobrando el dinero que cobran. Por lo menos que luchen. ¡Que luchen! Que se dejen la piel en el campo. ¡Que suden la camiseta! Que nosotros también nos dejemos una pasta para verlos cada semana. Como siga así la cosa, el año que viene me borro de

socio. Vergonzoso, realmente vergonzoso. Y el fin de semana que viene viene el Albacete. Buf, o espabilan pronto, o nos vamos al pozo. No sé, no sé qué va a pasar, pero no hay derecho. ¡No hay derecho! Venga, Miguel, me voy al bar un rato. Hablamos Miguel, hablamos. Cuídate.

Colegirás, amiguito mío, que tras escuchar aquellos poéticos soliloquios telefónicos, rezase a Dios para que mi aparato digestivo generase algún pedo sulfúrico con que vengarme de tanta estupidez. ¿Qué significa para ellos la vergüenza? ¿No les da vergüenza que todo el vagón escuche semejantes gilipolleces? Un día que estuve muy sembrado, un ejecutivo afectadamente atareado con sus dos portátiles y tres teléfonos móviles me llamó la atención sutilmente lanzándome unas cuantas miradas reiteradas. Le contesté de viva voz:

– He comprado un asiento muy pero que muy especial. Con derecho a lanzarme pedos. Déjeme en paz.

Sus ojos proyectaron odio y asco. Su odio y su asco me inyectaron un placer aterciopelado y sonreí melodiosamente.

A lo largo, ancho y alto del viaje, yo me dedicaba a leer. Tras los cuarenta y cuatro minutos en aquel *fastuoso* ave, me recibía otro triste andén pisoteado de otra triste ciudad pisoteada. En Lleida ya había amanecido por completo. (Nadie sabía quién apagaba la Luna. Ahora sólo tú lo sabes, amiguito mío). Cinco o seis minutos de caminata hasta la meta: el edificio de los juzgados. ¡Allí trabajaba!: en una gran colmena de cuatro plantas y centenares de oficinas, enclaustrada en la

falda de una colina que presidía la ciudad. Mi celdilla estaba ya abierta. Teresa *jubiláte de una puta vez* era la primera en arribar al tajo. Me recibía saboreando muy lentamente un yogur de esos famosos contra el colesterol. ¡Cómo relamía las cucharadas! La erosión salival consumiría aquella cucharilla en un par de semanas. Dicen de esos yogures que transforman los bacheados caminos de cabras de tu intestino en una autopista libre de peaje. Yo no me lo creo. Tras los «buenos días» de rigor, me iba directo al baño, común para los funcionarios, secretaria judicial y juez, sito en un cuartito dentro de la estancia. En el exterior se oía to-do lo que ocurría en el servicio. Como si hubiesen colocado amplificadores de sonido. El traqueteo de braguetas arriba y abajo, cataratas amarillas desaguando en el profundo y quedo lago, etcétera. Por poner un ejemplo, *Comemocos* (enseguida os lo presento) meaba con tal ímpetu que semejaba que vertiese miles de barriles de crudo al fondo del wáter (con barril y todo). Se percibía el efecto de la salpicadura en *dolby surround*. Bueno, el caso es que yo no necesitaba esos yogures que consumía Teresa *jubiláte de una puta vez*. Yo iba muy bien de vientre. Cada mañana. Y mi vientre era bastante escandaloso. Digamos que antes de que saliese el Rey, tronaban todas las cornetas de la Corte. ¿Qué pensaría de mí Teresa *jubiláte de una puta vez*? ¿Que era un cerdo? Me daba igual, porque: ella era una mesa camilla andante. Tres personas en una: Teresa y sus dos Caderas. Las camuflaba ¡en vano! con chales, echarpes, esclavinas, pañoletas y faldones. Como podrás inferir de su apodo, amiguito mío, un vejestorio del Pleistoceno. Ora se quejaba del frío, ora del calor: menopausia sin pausa. Su media melena rizada delineaba una perfecta forma



fúngica en su cabeza. Temerosa, servil, cobista. Vamos, *el prototipo del obrero*.

Alrededor de las ocho y media, irrumpía en el juzgado Anna María, la secretaria. Su tez era del color del orín y de la hepatitis A, B, C, D, E, F y G y porque no hay más; su rictus: hierático, serio como un cáncer terminal de sonrisa. Cabeza de yunque. Una larga cabellera lisa castaña resguardaba su fría pieza de acero craneal. Cuarentona. Dos diminutos, inertes ojos de cristal opaco semejaban estar ahí colocados para simular humanidad y simulaban mal de cojones. Alta y enhiesta, con voz de puta, digo de pito. Ese típico tono de voz que te hace sangrar los huesecillos del oído (yunque incluido) cuando se instala en tu interior y explosiona como miríadas de bombas de puercoespines de sida. Su corazón debía estar hecho de tripas. Yo hacía de tripas corazón para no vomitar cuando la miraba. Su apodo: *la hija de puta*. Sé que no está muy elaborado, ni es muy original; pero, amiguito mío, le iba como anillo al dedo... *a la hija de puta*.

Entre las nueve menos cuarto y las nueve aparecían el resto de mis compis: Jesús Ignacio *el misas*, Carmen *la comedones* y Ángela *mosquita muerta*. Cerraba la plantilla, sobre las diez y cuarto: *Comemocos* (el que meaba a borbotones): Don Ernesto: el juez: un calco de Winston Churchill. Con idéntica cara de toro-perro, belfo, ojos de sapo y vanidosa media sonrisa. Estatura media. De lustrosa panza de ocho meses y medio, siempre a punto de eclosionar. Imaginaba yo ahí adentro, en su vientre, al sempiterno nonato tumbado en una hamaca destartalada comiendo pizza de ayer, bebiendo cerveza en lata, viendo el fútbol y eructando. Cincuentón, Don Ernesto. Verde viejo. No disimulaba un ápice al mirarles el bufete a las abogadas. Su media sonrisa fluctuaba, consecuencia

de que el pajarito revolotearía en su jaula. Durante los juicios, se zampaba los mocos alegremente (le iba el verde). Antes de llevárselos a la boca, los miraba unos instantes, salivando y relamiéndose. Parecía hablar con ellos: «Ya lo siento querido, porque vas a morir, pero de veras que no lo puedo soportar, estás buenísimo, no, no me mires así, no me pongas ojitos, ahí acurrucado sobre mi dedo índice, hecho una albondiguita... venga, venga, acabemos cuanto antes»... Ñam, ñam.

Los abogados y procuradores habituales *de la casa* conocían bien el hábito verde de Don Ernesto. Sin embargo, quien lo observaba por primera vez, presidiendo la sala de vistas de un tribunal de justicia, con toga inmaculada, comiéndose los mocos, tan campante, se quedaba de una pieza. Normal.

En los juzgados hay una fauna muy típica: jueces, fiscales, secretarios, policías, forenses, procuradores, pasantes de procuradores, abogados, pasantes de abogados y funcionarios, aparte del público hambriento de justicia. Básicamente ésos. Cada cual ocupa su lugar; todos, excepto la Justicia. La Justicia con mayúscula no forma parte de este relato. Aviso.

La mayoría de los motes eran secretos, pues yo no era muy sociable que digamos. Verbigracia, entraba en el juzgado la procuradora Marta Ayneto y me descojonaba en silencio pensando en su apodo: *en tu coño un seto*. Un sinsentido, pero cada vez que la veía me desternillaba en mi interior y así pasaba unos segundos agradables. Un entretenimiento más para sobrellevar esa basura de trabajo (valga la redundancia). Por cierto, el apodo de Marta Ayneto es uno de los que más orgulloso me siento. Marta era un auténtico palo, sus pantalones

andaban solos y el culo era un agujero negro que lo absorbía todo. ¿Dónde evacuaría los residuos de su digestión?, me preguntaba yo. No debe comer, me contestaba. Altiva y maleducada como ella sola, tenía nariz de boxeadora peso pluma y una voz gutural de catacumba. ¿De dónde procedería aquella voz?: de otra dimensión.

Había alguno, como el abogado Sebastián Guarro De Muelas, que no necesitaba apodo. Así se llamaba el tío. Sus padres (Sr. Guarro y Sra. De Muelas), bastante cabrones, por cierto, por haber tenido un hijo. Imaginad la escena en la consulta de su dentista. «Señor Sebastián Guarro De Muelas, ha venido usted por una limpieza de boca, ¿no es así?» Yo iba un poco más allá y asociaba sus muelas con barcos hundidos en océanos albañales, tapizados de mohoso plancton, líquenes radioactivos, esperma fósil de ballena y vómito de cachalote putrefacto.

En mi juzgado se tramitaba un caso de los gordos. Diligencias previas secretas. Un año y medio de investigación policial. Quince tomos de expediente guardados en un armario bajo llave (con dos vueltas). Escuchas telefónicas. Un interminable ir y venir de peces gordos para hablar con su señoría en la pecera. Prostitución, trata de blancas. Asunto bastante común, por cierto, si no fuese por un nimio detalle, ¡una nadería!, ¡¡una futesa!!, ¡¡¡una bagatela!!!:

Durante la entrada y registro de uno de los puticlubs, en una de las características habitaciones rojas, *la hija de puta*, escoltada por varios agentes de la policía, se topó con: ¡Comemocos metiendo su pajarito en jaula ajena! ¡Su señoría dale que te pego con una prostituta!... ¡Lo que hubiera dado por verlo! Me

imagino al eterno nonato en su hamaca destartalada, comiendo pizza de ayer, bebiendo cerveza en lata, viendo el fútbol y eructando bajo los temblores de un terremoto coital. En un primer momento, nada se supo de la morbosa anécdota, pues como supondrás, amiguito mío, existe un alto grado de corporativismo en el mundillo judicial. Jueces, fiscales y secretarios hacen piña, aunque a las espaldas se lancen piñatas como niñatos. Habrán hincado codos de lo lindo, pero, amiguito mío, no te puedes imaginar lo tontos que son.

Y la verdad siempre sale a la luz, como los jubilados.

## Capítulo II

Los jueces sustitutos rondan por los juzgados hasta la eternidad, cubriendo bajas por enfermedad, permisos, licencias de maternidad, de matrimonio, de lactancia y de *rebuznancia*. No han de preocuparse mucho por aprobar la oposición, pues nunca les falta trabajo. Además, suele haber unos pocos, por lo que son dianas fáciles del cotilleo diarreico de las masas. (Mi cotilleo ni es diarreico, ni de las masas, que conste). Hace un par de años, *Comemocos* impartió un curso en Barcelona y nombraron a J. Graus en sustitución. Éste, un buen día me vio leyendo un libro y me largó una monserga sobre las adicciones de los escritores clásicos. No les quitó mérito alguno por ello, que conste. Tampoco yo se lo hubiese permitido. Según J. Graus, Huxley vislumbró su *Mundo Feliz* en un bote de píldoras de LSD (Lance Sin Demostrar). Cegato perdido, J. Graus. Portaba unas enormes gafas rectangulares de hormigón armado y cristal acorazado antirrobo. Para soportar semejante peso, ostentaba orejas elefantinas y nariz aquilina. Mirarle a los ojos era como examinarle a través de un microscopio. Cada globo ocular estaba dotado de una profundidad cósmica y una blancura antártica. Jamás reparé en el color de su iris. Sus ojos eran dos huevos

de avestruz bruñidos. Su mirada te abarcaba, te hipnotizaba; pero no por su belleza, sino por su *cercanía*. J. Graus era putero reconocido y le iba bastante la priva. Disoluto absoluto. Pero noble (de honrado, no de clase social) y de muy buena pasta (de buen corazón, no de posibles). A veces, desde su despacho, retumbaban sus ronquidos por todo el juzgado. Oh, yo amaba ese dulce sonido de humanidad. ¡Por fin!, ¡alguien Humano!... Una mañana debía entregarle una carta personal y me adentré en su despacho. Dormitaba boquiabierto, con los pies sobre la mesa, bajo sus gafas, como un bebé borracho. Me dieron ganas de arroparle, hasta que reparé en que su pajarito no estaba durmiendo precisamente. Salí por patas.

Hice buenas migas con J. Graus. La gente *rara* me resulta mucho más afín que el resto del rebaño del mundo mundial. Conmigo hablaba sobre todo de Literatura; con el resto, de putas. No os lo imagináis, sentado delante de Jesús Ignacio *el misas*, comentándole tranquilamente:

– Pues yo ahora estoy liado con una china que tiene la chirla tan apretada que el otro día no podía salir de ella y me la tuve que llevar a casa a dormir. La madre que me parió. Le eché mi tabardo por encima y salimos del puticlub unidos carnalmente como perros callejeros. Menudo lío para caminar, uno frente al otro, primero un paso, luego el otro, ¡como los militares! Y para entrar al coche, ni te cuento... por la puerta de atrás, porque seguíamos solapados. Tumbados en el asiento trasero, esperamos cinco o seis minutos hasta que se anchó eso un poco. Al final, cuando me decidí a sacarla, te lo juro que pensaba que se me quedaba en China para siempre.... ¡al salir sonó como si abriese un bote de garbanzos

envasado al vacío!... La madre que me parió... Qué mal rato pasé... ¡esa diosa china debe tener una fuerza de gravitación propia ahí abajo!... y a ti, Jesús Ignacio... te llamabas, ¿no?, ¿qué putas son las que más te van?, ¿las rumanas?

Jesús Ignacio *el misas*, cincuentón, con 8 hijos y esperando el noveno, ultra-católico, ultra-apostólico y ultra-rumano, digo... ultra-romano, se escondía tras el monitor de su ordenador, como la grana, a punto de estallar. Balbució «voy un momento al baño» y se fugó, levantándose de su silla a trompicones. J. Graus, ladeando su cabeza, lo miró como a un bicho raro y se giró rápidamente en busca de otra presa. Acometió a Teresa *jubiláte de una puta vez*. Se le acercó a un palmo para escrutarla con sus huevos de avestruz y le dijo:

– Usted... me parece que ya no está para muchos trotes, ¿eh que no?

Una vez finiquitado su curso en Barcelona, *Comemocos* regresó y J. Graus cesó, prosiguiendo con su interminable ronda de sustituciones. Una mañana, durante un receso laboral, me crucé con él mientras daba un paseo. Hube de saludarle yo, porque él no ve un pimiento.

– ¡Hombre!, ¡muchacho! –respondió efusivamente–, ¿qué diablos te estás leyendo ahora? Vamos a tomar una cerveza que tengo que contarte algo.

Aposentados en el bar, le pregunté para romper el hielo:

– ¿No estás trabajando ahora o qué?... Hace tiempo que no te veo por los juzgados.

– Calla, calla, que trabaje Rita –contestó con una amplia sonrisa y, cogiéndome del brazo, me susurró muy lentamente al oído–, a que no sabes una

cosa... ¡a Ernesto ayer lo trincaron en caliente!

Y así me enteré en primicia de los escarceos económico-amorosos de *Comemocos*. *Casualmente*, J. Graus pululaba por allí la noche de autos. Para más señas, con una bielorrusa de dos metros trece centímetros de altura. Me ahorraré (esta vez) los detalles más íntimos.

Cuando salíamos del bar, Dios lloraba a cántaros y arrojaba granos de arroz bomba a puñados. Quizá se casase algún amigo suyo, aunque con la violencia que lanzaba el arroz parecía más bien que estuviese enamorado de la novia. La Naturaleza le había declarado la guerra a la ciudad. Sonaba una violenta percusión bélica sobre los tejados.

– Yo me voy para adentro a tomarme otra cerveza, te vas a mojar, ¿entras o qué? –me propuso J. Graus.

– Otro día. Tengo un montón de trabajo urgente... he de volver al juzgado, que está aquí al lado. Nos vemos –repuse, nos dimos un apretón de manos y nos sonreímos amistosamente.

El cielo era gres gris. Sufrí los impactos del granizo-granito en mi cuerpo y en tres segundos me calé hasta los huesos. Agarré una pulmonía doble. Dos meses de baja, uno por pulmón. Fui muy feliz durante esa temporada, ya que aproveché el tiempo para vivir.

Entre otras cosas, pude visitar con mayor frecuencia a mi hermano. Era primerizo y le quedaban cinco meses para salir de la cárcel. Estaba como loco de contento, como si le restasen cuarenta y ocho horas. Y es que se había



enamorado perdidamente de una funcionaria de prisiones.

– Venga, Javier, no me jodas –le reconvine, lanzándole una mirada de «a ver si te centras, hombre».

– Hay *feeling*, hay *feeling*, y eso se nota en seguida –me contestó, haciendo caso omiso a mis objeciones—. Mira, Adrián, un día la pillé embobada observándome mientras paseaba por el patio. Y desde entonces cruzamos bastantes miradas. No lleva anillo. Me he fijado bien. Y no es la típica funcionaria. Ésta es lista. Ésta cobra su sueldo y pasa de todo... de tu estilo. Me casaré con ella, ya lo verás.

– Lo que tienes que hacer es dejar de beber, o por lo menos, de conducir y beber a la vez, luego te casas con quien quieras –argüía yo. (Siempre le espetaba el mismo sermón).

– Queeeeeee siiiii. Eso está hecho. No te preocupes, joder. Te lo juro por lo más sagrado. No volveré a conducir ciego... y, te diré más, fíjate, si ella me lo pidiera, me raparía el pelo y todo.

(Estas últimas palabras me dejaron algo traspuesto, puesto que mi hermano lucía una hermosa e inveterada melena negra rizada. Yo no lo imaginaba de otra forma. Jamás lo había visto con el pelo rapado o peinado a raya ni nada por el estilo. Ni en fotos. Siempre, desde muy niño, fiel a su cabellera colgante).

No sabes lo que me está ayudando –continuó con idéntico ímpetu—. Antes, las noches se me hacían mucho más largas. Ahora pienso en ella. Llega a nuestra casita que tenemos en el campo, se quita el mono azul de funcionaria y se viste

con un camisón blanco de seda. (Se le transparenta todo, ¡pero eso no te lo voy a contar, hermanito! ¡Juaaaa!, ¡juaaaa!...) El viernes por la noche vamos a comernos una hamburguesa, el sábado al cine, en Agosto de vacaciones a San Francisco, en Navidad a Japón. De todo, hacemos de todo. Es genial.

– ¿Pero has hablado con ella?, ¿sabes cómo se llama siquiera? –repliqué airado–, como te me vuelvas loco ya lo que faltaba, a papá y a mamá los matas del disgusto, que bastante tienen ya.

– No te preocupes hermanito, eso está hecho. Una y no más santo Tomás. No sé cómo se llama, es la funcionaria 1.283... bonito número, ¿eh? –y me guiñó el ojo abriendo exageradamente su boca–, tiene pinta de llamarse Selena o Afrodita o Cibeles, pero bueno, aunque se llamara Mari Trini me gustaría igual. Por cierto, ¿y tú cómo lo llevas?, ¿Claudia bien?, ¿todo bien?

– Todo bien, todo bien, como siempre. Sin novedad –contesté entre suspiros.

– ¡Ah!, ¿y sigues sacándote un extra en el juzgado con lo de las firmas, cabronazo?

– ¡Psscchhh!, ya te contaré...

No era cuestión de abordar asuntos delicados en un lugar repleto de cámaras de seguridad. Por cierto, tampoco te lo he contado a ti, amiguito mío. Se trataba de lo siguiente:

La mayoría de los detenidos cuando declaran ante el juez, quedan en libertad provisional, con la obligación *apud-acta* de firmar los días uno y quince de

cada mes. Estos días venían a firmar al juzgado alrededor de cuatrocientas cincuenta personas. Los conocía a casi todos. Un primer día de mes, uno de ellos, un vejete cachondo que me caía muy bien, me insinuó si podía firmar también por el día quince para no volver hasta el mes que viene. Yo le contesté en broma que «sí, por cinco euros». En décimas de segundo, él me introdujo con disimulo un billete de cinco euros en mi bolsillo. Lo sentí y levanté la vista como un resorte. Todos mis compañeros andaban en sus asuntos, imbuidos en sus ordenadores. Así pues, acepté la propina, le rellené la hoja del próximo día quince y me la firmó. De aquel modo comenzó todo el tráfico de firmas que tenía montado. Simplemente les libraba de venir a firmar un día. Algunos me plantearon trapicheos mayores. «Y todo el mes... ¿a cuánto saldría?, ¿diez pavos o qué?» «Ya veremos, ya veremos, que me la estoy jugando y eso cuesta más». «¿Cuánto?», decían enseguida. «Ya veremos, ya veremos», repetía yo. Debía pensármelo bien. De todas formas, por ahora, me sacaba un sobresuelo de seiscientos euros o así. A eso se refería mi hermano con los *extras de las firmas*. Sólo lo sabían él y Claudia. A Claudia no le hizo mucha gracia a priori y la ‘engañé’ diciéndole que lo había dejado.

– Menos mal, no te metas en esos líos que al final te pillarán.

– Sí, cariño, tienes razón. Era una tontería. Madre mía qué bueno está el puré de zanahoria, ¿cuándo lo hiciste?, ¿ayer?, pues hoy todavía está más sabroso, ¡y qué color!, ¡es como comerse un crepúsculo a cucharadas!, oh, ¡eres una artista!

– No me hagas la pelota, y más vale que dejes lo de las firmas. Yo no iré a

verte a la cárcel como a tu hermano.

Tras los fríos y grises locutorios de prisión, me pasaba por la acogedora casa de mis padres. Típica vivienda de pueblo de dos plantas. Humilde y orgullosa. Arriba, las habitaciones; abajo, un amplio garaje donde descansaba el ya maltrecho tractor y un pequeño jardín. El pueblo en cuestión, a ocho kilómetros de Zaragoza, era feo como él solo. Su nombre: Monzalbarba, término poético donde los haya. Formado por varios centenares de casas (varios bloques de pisos y dos o tres urbanizaciones de adosados), iglesia, campanario con nido de cigüeñas sin cigüeñas, plaza del pueblo (llamada España, para variar), bar casino, consistorio, geriátrico y complejo deportivo. A las afueras, se hallaba circunciso, digo circundado, por campos de trigo, maíz, alfalfa y huertas. Ya jubilados, mis padres eran muy buenos conmigo y con mi hermano. Siempre lo fueron. Yo, no tanto. Y mi hermano, menos. De adolescentes hicimos las mil y una. Mi hermano Javier no era ningún delincuente ni nada por el estilo, (a pesar de haber destrozado la friolera de cinco coches y él permanecer siempre ileso) pero cuando penalizaron la conducción bajo los efectos del alcohol le fastidiaron de lo lindo. Antes liquidaba los asuntos a base de pagar las multas de tráfico (y facturas del taller). Ahora las mismas infracciones constituían delito. A la primera le retiraron el carné ocho meses y a la siguiente, ya con antecedentes, no se libró. Catorce meses de prisión y tres mil ochocientos euros.

– ¿Qué tal has visto a tu hermano? –me preguntaba mi madre con ojos tristes pero ilusionados, tras saludarme con dos besos.

– Muy animado. Hasta más gordo. Dice que han mejorado algo la comida.

– Ayyyy, hijo mío, –suspiraba maternal–, debería ir a un centro de rehabilitación, o a alcohólicos anónimos...

– Lo tienes que convencer –apuntillaba mi padre, clavándome su mirada de hierro.

– Haré todo lo que pueda, papá, en serio, se lo digo siempre que voy, para que se le vaya metiendo bien en la cabeza. «Ardua tarea», pensaba, pues mi hermano creía que bastaba y sobraba con no conducir borracho. Él nunca refirió nada sobre dejar de beber. De todas maneras, tampoco estaba enganchado al cartón de vino o a la botella. No era un alcohólico al uso, más bien un *borrachinga* que no hacía mal a nadie, salvo al todopoderoso y tiquismiquis Estado. Un tipo de alcoholismo parecido al del gran J. Graus. Alcoholismo de supervivencia.

### **Capítulo III**

El fiscal adscrito a mi juzgado (entiéndase: el juzgado en que yo trabajaba) se llamaba Daniel Lucía. Un gilipollas integral. Se percibía de primeras que el apellido femenino le había puteado la infancia. De crío debió pensar: ¿ah, sí?, ¿os reís de mí, verdad?, pues ya veréis, ya, cuando sea mayor os voy a meter a todos en la cárcel. Y no iba muy desencaminado el cabrón. Estiraba el cuello sobremanera, como mirando de reojo al cielo temiendo lluvia. Me entraban unas ganas terribles de darle un cazo en el cogote y decirle: «¡Tranquilo, Lucía, machote, que no va a llover, que eso de ahí es un techo y nos protege!» *Lucía* se guarecía tras su rala barbita del fantasma asesino que era su apellido. *Todo* por su apellido. ¿No sería más fácil cambiárselo y ser una persona normal de una maldita vez? Pues nada de eso. Vestía siempre de traje y fina corbata. Era delgado como su fina corbata o como un lebel en huelga de hambre. Hablaba guturalmente forzado para aparentar masculinidad (más de lo mismo) y se mostraba siempre ultra-serio y ultra-correcto. Se gustaba mucho.

– Con la venia de Su Señoría. Este Ministerio Público interesa que se le imponga al súbdito extranjero Federico Jones, la pena de multa prevista y penada

en el artículo seiscientos veintiuno párrafo segundo del vigente Código Penal Español, de veinte días a razón de cien euros de cuota diaria, con responsabilidad personal subsidiaria en caso de impago. Esto es todo. Muchas gracias.

De nada. Constantemente usaba la expresión 'súbdito extranjero' para referirse a las personas no nacidas en España. Todo un señor feudal, el señor Lucía. Inicialmente pensé apodarlo *sinluc*, pero me decanté por *Lucía*, ya que no debe existir palabra en el mundo que le perturbe más. Si algún día tengo una hija la llamaré Lucía e iré al juzgado a presentársela: «Mire, Señor Lucía, mi hija, se llama como usted. Es mujer, tiene vagina y cuando sea mayor se le inflarán los pechos y será capaz de procrear, vamos... que pertenece al sexo femenino... PERO SE LLAMA COMO USTED».

La teoría, amiguito mío, es que los procuradores te representan y los abogados te defienden. La práctica: los procuradores aparentan y los abogados se quieren (a sí mismos). En la ciudad de Lleida había alrededor de 30 procuradores y 150 abogados. Unos más reputados que otros, claro está. La diosa Justicia los cría, los pondera en su balanza y ellos se juntan (por pesos). *Comemocos* estaba casado con una letrada: María José Vila *Godzilla*. Toda una mujerona fornida. Imaginaba al matrimonio cenando cada noche huevos fritos con bacon, panceta, morcilla, butifarra y madejas. Entre plato y plato *Comemocos* se hurgaría la nariz. Quizá picaría alguno. Ambos untarían bien el pan. De postre, callos. Y a dormir y a soñar con la gravedad oleica de nubes de acero poliédricas y

géiseres cloacales.

Es sumamente extraño el sobrepeso en una abogada o procuradora. En los machos, algo más corriente; pero en ellas, símbolos de la esbelta beldad, suntuosos escaparates andantes de untuosas cremas almizcleñas y lociones cutáneas seminales, esfinges de la dictadura del bolsillo que proclamó D. H. Lawrence, raro, raro.

Mi pulmonía remitió y regresé del mundo de los vivos al trabajo. El caso de la trata de blancas seguía su curso. Decenas de imputados y testigos (dueños y clientes de los puticlubs, proxenetas y prostitutas) desfilaban por el juzgado para declarar sobre el asunto. Hasta que apareció ella: Natacha Chichikov. Rusa, treinta y pocos. Dotada de un porte portentoso. Una especie de tataranieta de Anna Karénina. (Aunque su Vronski sería un chulo de putas, claro está). Minutos antes de comenzar su declaración, parecía estar muy tranquila, con mirada firme y serena. Acompañada de su abogado, tomó asiento ante el juez *Comemocos*, la secretaria *Hija de puta* y el fiscal *Lucía*.

—¿A qué se dedica usted? —fue la primera pregunta de *Comemocos*.

Natacha Chichikov respondió en un aceptable castellano con mecánico deje soviético:

— Me niego a declarar delante de este señor. Este señor había contratado mis servicios cuando entró la policía en el local. A este señor yo lo conozco desde hace tres años, es cliente habitual. Y alguna vez que ha venido bebido se ha portado mal conmigo.



Tras estas palabras, el mundo se detuvo. Nadie respiró. Miríadas de miradas se clavaron en el juez. Varios agentes de la policía, los trabajadores del juzgado, la fotocopidora, el fax, los ordenadores, los bolígrafos, las carpetas, los ratones, los teclados, las pantallas, las ventanas, los limpiaventanas, los calendarios... Todos abrimos los ojos de par en par esperando la réplica de *Comemocos*. «¡Sí!, ¡TO-MA!», exclamé yo muy por mis adentros. Y también me dije: «no tiene mal gusto el juez, con la tataranieta de la Karénina... anda que es tonto»... Lo observé con fruición anhelando su respuesta, al igual que el resto de los circunstantes. *Comemocos* lanzaba fuego por sus diminutos ojos de bulldog. Por una vez, se apagó su fatua media sonrisa. Transcurrieron los cinco segundos más largos de su existencia, sin duda. Yo no cabía en mí de gozo. Mi alma babeaba. Natacha Chichikov, temerosa, hendía sus ojos en sus promontorios zapatos de tacón de aguja. ¿Cómo procedería *Comemocos*? ¡Menuda papeleta! Se podría hacer el harakiri, quemarse a lo bonzo, lanzarse por la ventana al vacío, birlar la pistola a un poli y pegarse un tiro... Nada de eso. *Comemocos* se levantó bruscamente de su silla y quebrantó el silencio:

– ¡¡¡¡Desacato!!!! –aulló, y señalando la puerta de salida del juzgado, añadió con voz despótica–: Llévensela, agentes, queda detenida, léanle sus derechos, pero llévensela de aquí cuanto antes.

Conque detuvieron a Natacha y se suspendieron las diligencias. A las dos semanas del suceso, la colmena de los juzgados crepitaba rumores. No se hablaba de otra cosa en Lleida. El expediente quedó paralizado, hasta que el abogado defensor presentó un escrito solicitando la recusación del juez: no le

consideraba imparcial tras las presuntas relaciones esporádicas con la señorita Natacha Chichikov. Incluso la prensa se hizo eco del asunto. He aquí la columna que publicó el diario El Sugre (edición del martes cinco de Abril de dos mil once):

*El juez que instruye el caso de las redes de prostitución que asolan nuestra querida ciudad, se encontraba como cliente (sí, sí han leído bien: como cliente) de una de las prostitutas del club Mar'y'ano's en el momento en que se producía el registro policial del establecimiento. Según el departamento de interior, dicho juez ya ha sido recusado. ¡Qué menos! ¿Qué podemos esperar de la Justicia? Cuando el juez se convierte en cliente, la prostitución deviene legal. No, queridos lectores, ¡no!, ¡nada de eso! La prostitución es un cáncer para nuestra ciudad. La prostitución, entre otras cosas, es uno de los disfraces de la inmigración ilegal que tanto daño está causando en la economía leridana. Confíemos en que el nuevo Juez que enjuicie el procedimiento decrete cuanto antes las expulsiones de las prostitutas inmigrantes ilegales e imponga duras sanciones a todo aquel que ampara ese oscuro mundo de perversión y corrupción. ¡Domemos Sodoma, borremos Gomorra!*

Escrito y hecho. En un par de meses, todas las prostitutas (incluida Natacha) fueron expulsadas del sacrosanto territorio nacional a sus países de origen. ¡Y qué mala virgen le entró a J. Graus!:

– ¡No me jodas!, ¡esos cabrones me han quitado a las mejores! –clamaba a los cuatro vientos.

Por su parte, la esposa de Comemocos, María José Vila Godzilla, dando

credibilidad a los hechos relatados por la señorita prostituta rusa, y ante la avalancha de comadreos, se divorció de su marido. Los rumores son cucarachas asesinas. Nacen, crecen, se reproducen y *matan*. *Comemocos* se convirtió en la persona más depravada del reino. En la más borracha. En la más drogadicta. Se decía que practicaba el sadomasoquismo, que le encantaba fornicar solamente vestido con su toga, que tenía un piercing con forma de balanza en la pilila, que había huido a Rusia con su amada Natacha Chichikov... Casi me daba pena y todo. No tardó en cogerse la baja y al mes y medio se suicidó. Se voló la tapa de los sesos. Y yo me alegré, amiguito mío, no, no por su muerte, sino porque nombraron a J. Graus en sustitución. El periódico el Sugre (edición del miércoles catorce de Septiembre de dos mil once) publicó lo siguiente:

*Nunca es grata la noticia de un suicidio. Menos todavía del suicidio de un Juez. Algo va mal cuando ocurren estos sucesos tan trágicos. Valores, señores y señoras, llamémosles valores. ¿Qué clase de mundo habitamos? Donde los jueces se confunden con los acusados y los acusados campan a sus anchas riéndose de los jueces. El famoso caso de la trata de blancas debería haber concluido con la recusación del juez y dictándose una sentencia conforme a derecho. Pero los vicios se pagan caros. Gracias a la era digital, estas oscuras sombras y atrocidades salen a la luz. Éste es nuestro granito de arena, contribuyendo a la justicia, a la justicia de los valores. Sodoma y Gomorra duerme ahora, pero no ha muerto. Queda mucho trabajo por hacer. Debemos seguir alerta. Desde aquí nuestro más sincero pésame para la familia del juez. Descanse en paz.*

Cuando llegué a casa ese día, sobre las seis de la tarde, me acerqué a la ventana de la cocina mientras tomaba café. Me gustaba observar a los gatos de los tejados de los patios interiores. Felino debe significar feliz. Había uno despatarrado, tumbado boca arriba con las cuatro patas estiradas, como esperando a que le abriesen el vientre sin anestesia ni nada. Otro se relamía la cara ciento ochenta y tres veces por minuto: el gato con la cara más limpia del mundo. Otro paseaba contoneándose (igual era gata). Otros tres dormitaban bajo sus tupidas mantas de piel de gato. Abrí la nevera y cogí unas lonchas de jamón de york. «Pssssi, pssssi, pssssi, pssssi» y los gatos me miraron con sus enormes y suspicaces ojos. Les lancé unos trozos. Se abalanzaron hacia el jamón todos, excepto el gato despatarrado, que ni se inmutó, convirtiéndose aquel día en mi puto ídolo.

¿A qué viene esta anécdota?, te preguntarás, amiguito mío. Las preguntas sin respuesta son eternas fuentes de pensamiento.

## **Capítulo IV**

Una mañana, tras aposentarme en el tren y abrir mi Libro, me dijo un gilipollas de los que iba y venía de Zaragoza a Lleida como yo todos los días (éramos unos cuantos):

– No vas a ganar para libros, macho.

– No mezcles mis libros con el dinero, Subnormal –le contesté y me lo quité de encima para siempre.

Poco hay que decir sobre los funcionarios. Gógol y Dostoievski lo dejaron todo bien clarito. La inmensa mayoría están orgullosos de Ser-Lo (¡yo no!). Les encanta nombrar su cargo en locuciones del tipo: «Es que a nosotros, los funcionarios»... Menudos hipócritas, como si a un funcionario le importasen el resto de los funcionarios. Se trata del colectivo más individualista que existe. Sólo piensan en ahorrar. Dinero, energía, esfuerzo. Ahorrar y ahorrar. Todos con planes de jubilación. Saben lo que van a hacer el día tres de Marzo del año dos mil diecinueve. «Sí, claro, pues ese viernes tenemos pensado ir al parque con los

críos, que ya tendrán 6 y 8 años, porque según el Instituto Nacional de Meteorología va a hacer buen tiempo y la semana siguiente lloverá. Así pues, al parque a aprovechar los primeros rayos de sol pre-primaverales, a los columpios, que ya habrán acabado las obras y van a instalar un tobogán nuevo, según el plan de urbanismo que tiene previsto el Ayuntamiento para ese año, suponiendo que salgan los de derechas, que si por alguna causa remota ganasen las elecciones los socialistas, es casi seguro que también instalarán el tobogán, aunque lo pintarán de otro color, probablemente rojo». Resumiendo: los funcionarios están muertos. Cuando los roboticen no se advertirá cambio alguno. Quizá ellos lo prefieran. Así pensarán menos. ¡Ahorro!, ¡ahorro!

Añadiré que, a pesar de los denominadores comunes, los hay de muy diversos tipos: ultra-oscuros (coleccionistas de miríadas de huesos de ciruelas en cientos de botes de conservas); afectados (sonríen y saludan, saludan a sus sonrisas y sonríen a sus saludos); amas de casa compulsivas («ahora vengo, voy al súper un momento» y vuelven al cabo de hora y media con medio millón de bolsas en cada mano diciendo «¡menudas ofertas en la sección de ibéricos!, ¡no me he podido resistir!»)...

El suicidio de *Comemocos* se fue diluyendo. Los nuevos rumores apuntaban a que su ex, la letrada María José Vila *Godzilla* estaba saliendo con *Lucía*, el fiscal, el 'súbdito español'. Y dieron en el clavo, puesto que se casaron al año y medio. Mi abuela que en paz descanse se hubiese turbado, no sé tú, amiguito mío. Pero ellos se suelen juntar, por ese instinto de preservar su jerarquía y sus prebendas. Hablando de mi abuela, no puedo pasar por alto cómo mataba

a los gatos. Vecinas de todo el pueblo le traían gatos para que les diese matarife. Mi abuela los encerraba en un saco de tela y les atizaba varias veces contra la pared. Como sacudir una alfombra. Después lanzaba los *exitus* al contenedor de basura y se iba a misa de ocho. Se alimentaba de carne membrillo y agua de limón. (Se iba por la pata abajo a menudo). Un beso desde aquí, yaya, ¡ten piedad para con los gatos del cielo! Ya me contarás...

Notición. En Diciembre, Teresa *jubiláte de una puta vez* iba a cumplir la edad legal de jubilación. No sabía precisar cuántos años aparentaba. Aparentaba haber llegado a un punto en que su cuerpo envejeció tanto que se cansó de envejecer, anhelando la muerte quizá. El veintiocho de Diciembre, concretamente, cumpliría sesenta y cinco. Y no era ninguna inocentada (en todo caso la inocentada sería *ella*). Yo no pensaba en otra cosa: ¿se jubilaría? Parecía imposible, pero *debía* hacerlo. ¡Qué alivio perderla de vista! Su marido era catedrático emérito, por tanto con una solemne pensión; su familia era de posibles, terratenientes de un pueblo cercano a Lleida; sus dos hijas eran ambas profesoras de primaria; se organizaba todos los veranos unos viajes de primera (se había recorrido el mundo de cabo a rabo). Menuda envidia me producía la mesa camilla andante, sólo en este último aspecto. Me hierve la sangre, por lo que, para resarcirme ligeramente, he de escribir la siguiente interrogación-exclamación en mayúscula: ¿POR Y PARA QUÉ QUÉ DIABLOS TRABAJABA!

Pues jódete María Manuela que solicitó la prórroga de su jubilación hasta los setenta, y... ¡se la concedieron! Lo siento por ti, amiguito mío, porque

tampoco te vas a librar de ella tan fácilmente.



## **Capítulo V**

Zaragoza es fatua y estúpida. He nacido y vivido aquí. La conozco bien, amiguito mío, la conozco bien. De unos años acá, se comporta como el nuevo niño rico. No le basta con el pádel y el golf, no, también se apunta a la universidad privada. Se forra el cuarto con diplomas. Se vanagloria del brillo de su cabello y de sus conocimientos. Arte, oh, ¡Arte Vagabundo!, ¡aguarda ahí abajo!, ¡vendrán nuevos tiempos! El río Ebro es elegante y humilde. He pescado en él muchos barbos, carpas, madrillas y peces gato, entre otros. Hoy en día, el Ebro agacha su cabeza al atravesar la ciudad, cada vez más arrogante y artificial. Zaragoza y el Ebro no se hablan, ni siquiera se miran a la cara. Yo estoy de parte del río, por supuesto. La Naturaleza es sabia como la Luna es la Negra Verdad y el Sol es el Sueño Azul.

En invierno, en Zaragoza: el Cierzo. Un viento helador que proviene de no sé qué masas de aire siberianas; lo que sí sé es que viene con prisa, y viene a joder. Es tártaro y cosaco a la par. Se incrusta en tus células, congelándolas y

anquilosando tu alma. Una mañana, todavía noche cerrada, tan cerrada que no había gatos ni luces ni ventanas ni edificios ni calles sólo densa oscuridad entumecida, de camino de la estación, aterido, abrí mentalmente la cremallera del Cielo y me refugié allí adentro. ¡Qué placer! ¡Qué suave es el plumón de allí arriba! ¡Y qué calorcito! Perdí el tren. Me levanté de la cama a las once y cuarto. Fui al médico con la excusa de que se me había descompensado el azúcar y me encontraba muy mal. La mentirijilla se me fue de las manos y me ingresaron en urgencias. Permanecí dos días en observación con goteros, placas y todo el rollo. La diabetes es una de las mejores enfermedades que hay para fingir una baja laboral. Los médicos no pueden saber si te has pinchado o no, o si media hora antes de ir a la consulta te has zampado seis donuts de chocolate.

En Lleida, comenzó el año nuevo, el dos mil doce, con lío de los gordos: habían detenido a J. Graus por intento de violación, exhibicionismo y desobediencia a los agentes de la autoridad. Al principio todo era confusión. Cuando me enteré de quién era la víctima casi me meo de risa. ¡Marta Ayneto *en tu coño un seto*! Celebraron la Nochevieja un buen puñado de abogados, jueces y gentes de alta ralea y, al parecer, a J. Graus se le fue *un poco* la mano con el whisky. Tras la incoación del procedimiento judicial, le suspendieron de empleo y sueldo. Declaró en el juzgado de guardia y quedó en libertad con la obligación *apud-acta* de firmar en el juzgado los días uno y quince de cada mes. (A él le hice precio amigo: gratis). Recopilé toda la información necesaria. Tomé una cerveza con J. Graus y me contó *lo poco que se acordaba* de aquella fatídica noche. Asimismo, a través de la intranet de los juzgados, accedí al expediente, visioné los archivos de varias cámaras de seguridad (del local y de una sucursal

bancaria), leí el atestado policial, la denuncia de Marta Ayneto *en tu coño un seto* y las declaraciones testificales de varios de los presentes en la fiesta. Y he aquí lo que sucedió:

La escena comienza en un salón privado de un conocido restaurante de Lleida. Se distinguen dos grandes mesas circulares henchidas de platos y botellas con unos treinta comensales en total. Camareros yendo y viniendo. Nada reseñable durante la cena, sólo que J. Graus se habría pimplado tres botellas de vino él solito. Parece muy animado, hablando y gesticulando con vehemencia, levantándose para proponer brindis cada cinco minutos. Pero todo normal hasta ahí. Luego sirven las uvas y acontecen más y más brindis. Tras los cafés, las copas. Poco a poco se van levantando todos, dispuestos a bailotear y a charlar más animadamente. J. Graus habla con quien parece ser Marta Ayneto *en tu coño un seto*. Viste minifalda y sus piernas semejaban mondadientes. Sí, es ella, no puede ser otra. J. Graus le estaba dando la chapa de lo lindo. Cantaba a la legua. Ella intentaba escabullirse, mirando descaradamente hacia otros compañeros solicitando auxilio. A todo esto, J. Graus vaciaba su copa cada diez minutos o así. ¡Qué ritmo tan brutal! De repente, Marta Ayneto *en tu coño un seto* se larga. Se advierte cómo J. Graus la sigue con su mirada miope y borracha. Se calza un buen trago y marcha tras ella. Aparecen al momento, primero ella, y luego él, en la cámara de seguridad instalada en el pasillo que lleva a los baños. Ella entra en el de las mujeres y cierra la puerta a su paso. Él espera en la puerta varios segundos, como pensándose, y accede también.

Pasemos ahora, amiguito mío, a la cámara de seguridad del baño

femenino del afamado restaurante de la ciudad de Lleida. Te prometo que se me caía la baba mientras observaba todo esto. Ella debía estar orinando (allí no abarcaba el campo visual de la cámara, ¡lástima!). Digo ‘orinando’ porque como ya he referido, Marta Ayneto *en tu coño un seto* estaba tan escuálida que no dispondría de mucho sólido que evacuar, a no ser que su recto vertiese por error un riñón o el páncreas o algo así. J. Graus la esperaba mirándose al espejo mientras bebía nerviosamente de su copa. Se quitó las gafas, se chupó el dedo, se atusó el cabello y caló sus enormes gafas en sus grandiosas orejas. Una de las puertas de los lavabos individuales se abre y sale Marta Ayneto *en tu coño un seto*. Da un saltito como un cervatillo, imagino que del susto que se lleva al ver ahí adentro a J. Graus *rey de la selva*.

– ¿Qué coño haces tú aquí? –grita ella despectivamente–, ¡estás loco, ¡largo de aquí!, ¡largo! –y hace repetidas veces el gesto de atornillarse el dedo índice en la sien. J. Graus, inmóvil, aspira un sorbito de su copa y dice con voluptuosas palabras:

– Tranquila, mujer. ¡Feliz año nuevo!, ¿cómo estás?, ¿todo va bien? Nada, que he venido a hablar un rato contigo. Aquí tenemos más intimidad. Había pensado que lo podíamos pasar bien tú y yo. Por cierto, que esa minifalda te queda genial, estás jodidamente buenísima –y comienza a acercarse hacia ella, como teledirigido por su desorbitada libido.

–Haz el favor de salir de aquí, juez sustituto –le espeta ella, remarcando eso de *juez sustituto*, imagino que con la intención de herirle en el orgullo (cosas de las clases altas, supongo) y extendiendo sus dos brazos para evitar que se le

acercase, prosigue—: No sé si te has vuelto loco o vas demasiado borracho. Estás en el baño de las chicas, por si no te has dado cuenta. Largo de aquí.

J. Graus continúa bebiendo mientras ella habla. Acaba su copa, la posa junto al lavabo e insiste:

– Venga, mujer, a nadie le amarga un dulce... Además, sé que te has divorciado no hace mucho. Seguro que ahora te estarás poniendo morada de follar. Es lo normal. Nos ha pasado a todos. Vamos, mujer, no te hagas la estrecha conmigo. ¡Empecemos con buen pie el año nuevo! ¡Je, je! ¿Llevas tanguita roja? ¡Mmmm! ¡Eso trae buena suerte!, dicen. Bueno, ¡pasemos un buen rato y volvamos a la fiesta tranquilamente! ¿Por qué no?

–Y dale –interrumpe Marta Ayneto *en tu coño un seto* alzando progresivamente su voz—, ¿pero no me has oído? ¿Quieres que llame a seguridad?

De repente, J. Graus se abalanza sobre ella. Intenta abrazarla. Distinguí su lengua revolotear, ávida de saliva ajena. Forcejean y caen al suelo ambos. Ella lanza berridos del tipo «¡quita, cerdo!, ¡estás loco!» J. Graus, encima, en posición de macho dominante, se obstina en besuquear el careto de Marta Ayneto *en tu coño un seto*. Ella gira su cuello a izquierda y derecha violentamente, esquivándole. Inesperadamente entra en el lavabo una camarera. Marta Ayneto advierte su presencia y pide auxilio pataleando. La camarera, asustada, comienza a exhortar a J. Graus:

– ¡Señor, señor, haga el favor de dejar a la señora!

Ante el caso omiso del señor, la camarera acaba voceando:

– ¡Seguridad!, ¡seguridad!

El pajarito por fin parece entrar en razón y J. Graus se pone en pie. Marta Ayneto *en tu coño un seto* se refugia tras la camarera, exclamando histérica:

– ¡Se te va a caer el pelo!, ¡cerdo! ¡Te has pasado de la raya!, ¡asqueroso!

J. Graus se recompone el traje y, excusándose, profiere en tono suave, dirigiéndose a la camarera:

– No es lo que parece. Esta señora me ha estado buscando durante toda la noche y, ya ve, ahora se ha echado atrás. Esto es vergonzoso.

Sale del baño. Con paso firme atraviesa el pasillo y aparece en el salón principal. La música está muy alta. Suenan rancheras y se atisban tintineos de las copas al chocar. La gente baila y departe ebrio-amistosamente. J. Graus se prepara un combinado y se lo echa al colete de trago. Parece muy agitado. No habla con nadie y mira en derredor. Al cabo de dos minutos escasos, arriba Marta Ayneto *en tu coño un seto* junto con un segurata y señala airoosamente tipo Cristóbal Colón indicando América el camino hacia su agresor. J. Graus está degustando su copón. El segurata se le acerca por la espalda y le habla al oído, parece que educadamente. Las putas rancheras no me permiten escuchar otra cosa que las putas rancheras. Ay, ay, ay, canta y no llores porque cantando se alegran cielito lindo los corazones. J. Graus se aparta bruscamente del segurata empujándole. Éste se trastabilla y cae al suelo de culo. Todo el mundo se vuelve hacia la escena. Las rancheras no, siguen a lo suyo. J. Graus comienza a bracear

y a lanzar aspavientos, como eximiendo su culpa. Me fijo en Marta Ayneto *en tu coño un seto*. Está hablando por teléfono. Por lo que luego compruebo, debe estar avisando a la policía. Por fin callan las rancheras y se instala un runrún de voces en la sala. Una palabra emerge como una orca asesina en la playa en busca de focas:

– ¡CALIENTAPOLLAS!

Ya os podéis imaginar de qué garganta proviene. Varios hombres intentan calmar a J. Graus. Al cabo de unos instantes consiguen llevárselo a la calle. En el salón todo se tranquiliza. Un corro rodea a Marta Ayneto *en tu coño un seto*. Ella relata lo sucedido entre nerviosos ademanes. La concurrencia abre la boca para luego tapársela con la mano, en señal de asombro. La víctima recibe abrazos y palabras de consuelo.

Ahora visualizo la cámara de seguridad de una sucursal bancaria, que grabó la escena de la calle. El ruido ambiente es estruendoso. Se trata de una de las avenidas principales de la ciudad. Es de noche, pero el tráfico fluye. Las farolas participan de la fiesta, lucen extáticas y no parpadean ni una sola vez. ¡Es Nochevieja! Los cláxones de los coches se saludan con camaradería. ¡Y es que cambia el año! De 2011 pasamos a 2012. ¡Una variación radical en todas nuestras vidas! ¡Pero cuán diferente es vivir en el año 2011 o vivir en el año 2012! ¿Verdad, amiguito mío? ¿A que lo has notado? ¡Siempre pasa igual! ¡Lo mismo sucedió en el 2005-2006! ¡O en el 1996-1997! ¡Transformaciones brutales de un año para otro! Y decimos «año nuevo», como si el tiempo pudiese ser nuevo o viejo. El tiempo sólo es una eterna cuenta atrás que finaliza en BOOM.

Bueno, sigamos con el relato, amiguito mío. Allí, en la acera de la gran avenida, se hallaba J. Graus bebiendo de su sempiterna copa y acompañado por tres hombres. Distingo a uno de ellos, Alfredo López, abogado. Lo conozco. Se trata del típico gracioso. Cincuentón rechoncho. Tras sus estúpidas ocurrencias, siempre prorrumpía en risas mostrando unos monstruosos dientes amarillos cuales isósceles montañas de orín solidificado. J. Graus separóse momentáneamente de Alfredo López y los otros dos varones y se dirigió hacia el soportal del cajero automático donde se escondía la cámara de seguridad. Y no fue precisamente a sacar dinero: se sacó el pajarito y evacuó aguas menores. Sólo le faltaba saludar y decir pa-ta-ta. Se ubicó en primerísimo plano. Lo vi todo, pajarito incluido. El pajarito parecía tener miedo. Orinaba en breves intervalos, cual tímido aspersor. La policía no pudo llegar en otro momento. A J. Graus no le dio tiempo ni a subirse la cremallera. Lo esposaron en un abrir y cerrar de ojos. (Las esposas son ojos esposados). El detenido procuraba zafarse de los refulgentes guantes blancos de los agentes. Comenzaron a recitarle sus derechos cuando interrumpió airoso:

– ¡Conozco mis derechos!, ¡esbirros estúpidos!, ¡dejadme en paz!

Mientras lo introducían en el vehículo policial, vi por última vez su pajarito, que parecía decir: «¿Qué cojones está pasando aquí?, ¡tengo frío!, ¿por qué diablos no me cerráis la puerta?»



## **Capítulo VI**

Menos mal que mi hermano seguía enamorado. Todo eran planes de futuro con Alejandra, la funcionaria de prisiones 1.283. Por lo menos ya conocía su nombre. «Por algo se empieza», me decía yo, aunque no confiaba un ápice en su futura relación. Mi hermano era optimista crónico-acérrimo.

– Ayer soñé con ella otra vez. Hermanito, no te puedes imaginar lo bien que me lo paso por las noches. Antes de disponerme a dormir, me froto las manos y me digo, venga Javier, que vas a pasar un buen rato. Y vaya que sí. Pues lo que te contaba, ayer soñé que teníamos un hijo con dos cabezas. ¡Qué locura! Pero no era ningún monstruo ni nada por el estilo. Todo el mundo se quedaba anonadado con nuestro retoño. Era rubio, ¡doblemente rubio!, y guapísimo. Lo llamamos Janus. Alejandra y yo estábamos como locos de contentos. Pues flipa, porque cuando llegó a la universidad, se matriculó en dos carreras a la vez, ¡una para cada cabeza!... Madre mía si disfruto por las noches... Me quedan ya sólo dos meses de estar aquí. Y, fíjate lo que digo: no me arrepiento de haber pisado el

trullo, para nada, porque si no, no la hubiera conocido a Ella. Tengo que pillarla por banda un día de estos y decirle si quiere quedar conmigo, cuando esté fuera, cuando *estemos* fuera. Eso me pone un poco nervioso. Pero tal como me mira, estoy convencido de que me dirá 'Sí'.

– Bueno, bueno, no te hagas muchas ilusiones por si acaso. Y lo de la abstinencia, ¿qué tal lo llevas? ¿Sigues sin beber?

– ¿Pero qué quieres que beba aquí, joder? ¿Bourbon de 24 años? Aquí lo único que hay es hachís del palo y coca chungu y drogas caseras que se inventan los yonquis (que son el noventa y ocho por ciento de los internos). Eso les debe hacer creer que son libres. O científicos revolucionarios. Menudos combinados se fabrican. Un día vi a Bebe (un rumano muy majo que es como un armario empotrado), mezclar en un botecito: cal de la pared, hojas secas molidas, posos de café, tres aspirinas, dos cucharadas de yogur y restos de manzana podrida. Luego lo mezcló todo con unas gotitas de agua y lo batió a conciencia con una cucharilla hasta que quedó una pasta viscosa que parecía semen del hombre de Neanderthal. Ya ves. El mono es el mono, ¡nunca mejor dicho! ¡Juaaaaaa! Como dicen por aquí: El mono es la verdadera prisión. Esta pobre gente está encarcela doblemente. Fíjate por dónde, hoy es todo doble, ¡como mi hijo bicéfalo! ¡Juaaaaaaa!

Mi hermano se estaba volviendo tarumba, pero tarumba del todo. Aquel día me convencí. «Que salga pronto de la cárcel», anhelé, cabizbajo, mientras abandonaba el recinto penitenciario, «que beba, que haga lo que quiera, pero que salga de ahí ya». Mis padres también andaban con la mosca tras la oreja. Me

comentaba mi padre después de sus bis-a-bis:

– Tu hermano dice cosas muy raras. Está como demasiado feliz... Parece que fuera con unos tragos.

«Efectivamente, se le estaba yendo la olla», pensaba, pero a mis padres les embaucaba con alguna perorata:

– Mejor, mejor que esté feliz. Otros lo pasan muy mal en la cárcel y se deprimen para toda la vida. O entran inocentes y se tornan delincuentes ahí adentro. Yo lo veo muy bien. Sinceramente. Habla, sonríe, tiene apetito. Y ya le queda muy poco para salir, ya veréis cómo ha escarmentado. Hoy le he preguntado «¿se porta bien mi hermano?» a uno de los funcionarios que lo acompañaban al locutorio y éste me ha contestado seriamente «Sí, sí», asintiendo verazmente con su cabeza. Confíad y no os preocupéis más, de verdad.

Mis padres hacían todo lo posible por creerme. Sus rostros se iban descomprimiendo mientras me escuchaban. De sus ojos esperanzados emergían haces de luz blanca. Yo me sentía aliviado por ellos. La mentira es un medicamento sin principio activo, pero con un fabuloso efecto retardatorio.

Volvamos al juzgado, amiguito mío, te voy a presentar con más detalle a mis compañeros. Ángela *mosquita muerta* era muy callada. Sus labios permanecían sellados durante la jornada laboral. Sólo abría la boca para saludar con un «bon día» y despedirse con un «fins demà». Cuatro palabras en siete horas, no está mal. Estaba casada y tenía un número indeterminado de hijos.

Todo un misterio. Su cara insulsa desplegaba la sonrisa más falsa que he visto en mi vida. Era la peor actriz del mundo. Procuraba sonreír siempre, pero exhalaba una mueca de asco supremo. Su único objetivo en la vida parecía ser quitarse trabajo de encima. Algo muy gordo tenía que sucederle para que preguntase algo. Por ejemplo: que le asignasen alguna faena imprevista. Entonces hablaba. Eso sí, lo mínimo (mediante expresiones del tipo: «y esto, ¿quién me lo ha dejado en la mesa?»), y en un tono de voz casi imperceptible. Yo no la podía soportar. Su sola presencia me irritaba.

Recetas de cocina, bocadillos y dietas. Ése era el universo de Carmen *la comedones*, el culinario. Se zampaba cinco o seis bocadillos cada mañana y estaba a dieta. Dietas de todo tipo. La dieta del espárrago, la dieta de la zanahoria, la dieta de las proteínas, la dieta del Doctor Vidh , la dieta del elefante, la dieta del abate, la dieta de la cebolla, la dieta de las borrajas, etcétera, etcétera. «  Cuándo tocar  la dieta de los huevos fritos con panceta?», pensaba yo. Vivía con su madre, ya nonagenaria. Carmen *la comedones* pesaba unos ciento cincuenta kilos y medía metro y medio. Vamos, una albóndiga humana. Su apodo proviene de los granitos rojos que brotaban de su inmensa papada de gallina clueca. Ésta le bailaba trémula cual badajo de campana. Una golilla de carne rodeaba su cuello. Le importaba un bledo que el mundo estuviese en guerra, la hambruna, las pandemias, que sonase la alarma de incendios, que un meteorito gigante se dirigiese hacia la Tierra, cualquier cosa que no llevase tomate, aceite o chocolate y fuese digerible carecía de sentido para Carmen *la comedones*.

De Teresa *jubiláte de una puta vez*, añadiré a lo ya expuesto que tenía un lustroso bigote, eso sí, teñido de rubio.

Y, tantatachán, por último, con ochenta kilos de peso, un metro y setenta y cinco centímetros, pelo negro hirsuto con raya al lado derecho (se mire por donde se mire: lado derecho), traje y corbata, concienzudo afeitado diario, cara de cura y cuerpo de monja: ¡¡¡¡Jesús Ignacio *el misas*!!!! Un disciplinado discípulo del Opus Dei (ya he referido que esperaba su noveno hijo). A su mujer no tenía el gusto de conocerla, pero la imaginaba como un gran Monte de Venus del Mesozoico escupiendo fetos cuales pelotas de ping-pong. Jesús Ignacio *el misas* siempre llevaba consigo un viejo y ajado Nuevo Testamento. Al llegar al trabajo lo colocaba cuidadosamente en su mesa, al lado del teclado. De la pantalla de su ordenador colgaban unos cuantos crucifijos y detrás de su asiento, llamaba poderosamente la atención un póster tamaño DIN-A3 con la sufrida jeta de Jesucristo en primer plano y su lapidaria frase de: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». «¡Toma ya!, ¡supera eso!», pensaba yo tras leerla por enésima vez. Jesús (no se podía llamar de otra manera) Ignacio *el misas* hacía muy buenas migas con Teresa *jubiláte de una puta vez*. Ambos eran pelotas y serviles hasta la médula. Se apasionaban reptilmente por las últimas actualizaciones de las leyes. Su objetivo era colgarse medallas, medallas virtuales, pero medallas al fin y al cabo. En sus mesas apilaban leyes y leyes; leyes de la propiedad horizontal, códigos penales, ley orgánica del poder judicial, reglamentos varios, leyes de bases de la administración pública, leyes de enjuiciamiento criminal, de enjuiciamiento civil, libros de jurisprudencia y miles y miles de papeles y tinta

malgastados.

(Ahora que conoces un poco mejor a mis compañeros, amiguito mío, deducirás por qué yo apenas hablaba).

Poca gente me resultaba (y me resulta) agradable. Pero un buen día descubrí a un tipo que me fascinó. Y cuanto más lo veía, más me fascinaba. Era un trabajador de otro juzgado, otro chico de los recados, como yo. La primera vez que me crucé con él, lo saludé tímidamente con la cabeza, pues lo vi cargado de papeles y pensé que sería compañero. Él me contestó un «Eeeeei» que no olvidaré jamás. ¡Qué voz de ultratumba! Parecía como si únicamente pronunciase oes. Mediante sus privilegiadas cuerdas vocales convertía todas las letras del abecedario en oes del averno. Brutal. Andaba muy pausadamente. Jamás llegué a intercambiar más de una frase con él. Sólo saludos. Como máximo, me decía:

– Eeeeei, ¿qué tal?

Y me sobraba con esas tres palabras. ¡Vaya si me sobraba! Sonreía al recordarlas una y otra vez. Me rebotaban en el cráneo haciéndome cosquillas durante horas. Sonaban como la barítona bocina del buque transatlántico en el puerto cuando se dispone a zarpar. Me daba la sensación de que yo le caía bien. No tengo ni la más remota idea de cómo se llamaba. Tampoco le puse mote. Era un tipo de unos treinta, me hubiese jugado el cuello a que vivía con sus padres, viciado a los videojuegos de los ochenta y dejándose el sueldo en cómics.

## **Capítulo VII**

Mi hermano cumplió su pena y enseguida se disipó su pena tras dejar abandonada a su amada funcionaria. Estaba serio, pero su sonrisa se desparramaba por su alma. Sus ojos argentaban el horizonte. Lo fui a buscar en mi coche, era sábado por la mañana. Bajó hasta el tope la ventanilla de su asiento y se dejó acariciar por la Libertad. Su melena se soltó el pelo también. Sacó su brazo derecho por la ventanilla y jugueteó con el viento, dibujando polígonos en el aire con su mano. Mantenía sus ojos cerrados. Inspiraba abriendo de par en par las aletas de su nariz. Estaba acumulando provisiones para una nueva vida. No pronunciamos una palabra en todo el trayecto. Me sentí muy feliz observándole de reojo, impregnándome de su armonía. En casa de mis padres lo celebramos con una comilona espectacular. León y Tilico nos miraban con ojos golosos sin parpadear ni un milisegundo. Por cierto, creo que no te he hablado aún de León y Tilico, amiguito mío. León era una perra pastor belga, ya anciana. Muy dócil y cariñosa. De jovencita padeció un tumor en una oreja y hubieron de amputársela. Resultaba muy graciosa (con el tiempo), su única oreja tesa como una vela. Te

cuestionarás, amiguito mío, por qué se llamaba León si era perra. Buena pregunta, pero dirige tu consulta a mi padre, pues él fue su bautista. Tilico era un gato atigrado, el gato más pillo y cabrón del mundo; y como León era tan buena, aquél no hacía más que gastarle putadas. Se meaba en su tarro de agua, le escondía su manta de dormir, le mordía su única oreja, y lo principal: la utilizaba de medio de transporte. Cual indio domador de elefantes: Tilico se subía en el lomo de León y, con rictus ceremonioso, atizándole con las patas delanteras a derecha e izquierda, le indicaba el camino a seguir. Estaban para foto.

Durante la comida, mis padres se comportaron con suprema circunspección, casi con afectación, seguramente para no incomodar a mi hermano. Lo trataban como se trata a un hijo de acogida el primer día de tomar posesión en una casa desconocida. Parecía que pidiesen permiso hasta para picar un trozo de pepino de la ensalada. Lo colmaban de atenciones silenciosas. Ya arribarían las peroratas, pero aquél todavía era el momento del tierno reencuentro. Hablamos poco y comimos mucho. Tras el café, Claudia y yo nos marchamos a casa. Serían las cinco de la tarde.

Aquella noche leí esta cita de Maiakovski: *La primera clase vomita donde le da la gana, la segunda sobre la tercera y la tercera sobre sí misma.*

Al día siguiente, sin motivo especial, me encontraba radiante. En el trabajo, me crucé con el misterioso compañero de la voz de ultratumba:

– Eeeyyy. Hooooola.

¡Santo Dios! Aquellas dos palabras acabaron por alegrarme la jornada.



En nuestro juzgado parecía haber caído una maldición sobre los jueces. Tras el suicidio de Comemocos: la suspensión de J. Graus. Nombraron a una jueza sustituta: Berta Pino. Era muy alta y corpulenta. Si le hacías desaparecer mentalmente la melena encontrabas la cara de un mono (no de una mona: ¡la de un mono!). Muy pero que muy pija la tía, estilo *Marta Ayneto*. Hablaba en tono de voz excesivamente elevado y encadenaba las palabras como sólo saben hacer los pijos redomados. Jugaba al golf y al pádel, fiel a los cánones. Gracias a su apellido de rima fácil, su mote se incrustó en mi mente como un misil tierra-aire: Berta Pino *Mujer babuino*.

*Mujer babuino* no era muy trabajadora, su lengua sí. Salía a menudo de su despacho para comentar algunos expedientes urgentes (para los jueces, todo es urgente; todo que no hagan ellos, claro está), y de paso charlaba con mis queridos compañeros. Por ejemplo, cada mañana le preguntaba a Jesús Ignacio *el misas* sobre el santoral (éste se lo sabía enterito de memoria).

– ¡Ah! ¡San Eustaquio! ¡Vaya que sí! Pues tengo un tío segundo, un reconocido ingeniero de puertos y caminos, ya jubilado, que vive en una casita preciosa en montaña. Luego lo llamaré. ¡No se lo esperará! –comentaba *Mujer babuino* afectadamente.

(Por si no te has fijado, amiguito mío: los pijos siempre aluden a las profesiones de las personas. En caso de que una persona no ejerza una profesión o no tenga una carrera: no es persona).

Con Ángela *mosquita muerta*, *Mujer babuino* hablaba mayormente de cremas y lociones; con Carmen *la comedones* sobre dietas (¡sobre qué si no!), y a Teresa *júbilate de una puta vez* le preguntaba por su salud con discreción indiscreta.

Tramitaron con inusitada presteza el caso de J. Graus. Señalaron día y hora para el juicio oral: miércoles, seis de Junio, diez treinta horas. Me escabullí del trabajo y acudí a la sala de vistas del Juzgado de lo Penal número 3, sita un piso más arriba. ¡Menuda concurrencia! El noventa y nueve por ciento: alcahuetes como yo. Momentos antes de comenzar: el magistrado y el fiscal cuchicheaban sobre el estrado, el abogado de la defensa repasaba sus papeles y, sentado en el banquillo de los acusados, J. Graus permanecía inmóvil. Me hubiese encantado ver su semblante, sus gafas, sus ojos de avestruz, haberme acercado a su lado para ofrecerle un abrazo y susurrarle al oído: «Te los follas». Sin embargo, no más divisaba su camisa floreada y su cogote. Declaró en primer lugar Marta Ayneto *en tu coño un seto*. Protegía su intimidad tras un biombo, puesto que lo solicitó con anterioridad arguyendo *terror hacia el acusado*. Se estaba haciendo la importante la muy asquerosa. Me sentaron como una patada en el culo sus primeras palabras, emitidas con afecto pastoso enfermizo:

– Señorías, desde el intento de violación que sufrí en Nochevieja no puedo estar a solas ni en mi casa. Apenas concilio el sueño por las noches, tengo horribles pesadillas y sigo con la medicación y de baja laboral...

«¡Venga, no me jodas, todo el mundo sabe que J. Graus es inofensivo!», clamaba mi yo. J. Graus, mientras escuchaba a la denunciante, meneaba su

cabeza, alicaído, incrédulo. Ésta finalizó su exposición solicitando una orden de alejamiento contra el acusado. Llegó el turno de los agentes de la policía, que se afirmaron y ratificaron en su atestado, concluyendo que J. Graus les desobedeció y faltó al respeto. Por si no lo sabes, amiguito mío, en un juicio, los policías tienen presunción de veracidad. Moraleja: date por jodido si te metes en líos con la bofia. Ya puedes tener 352 testigos, que el juez va a darle la razón al uniformado. La camarera que irrumpió en el baño de mujeres cuando J. Graus se echó encima de Marta Ayneto declaró lo siguiente:

– En un principio me asusté mucho, pues temí que le estuviese haciendo daño a la chica. Pero, gracias a Dios, entré en el momento justo y él se marchó enseguida.

El segurata del restaurante y varios colegas de Marta Ayneto no aportaron nada nuevo. Además, yo (y ahora también tú, amiguito mío) ya conocía todo lo ocurrido. El penoso abogado de J. Graus adujo en sus conclusiones el estado ebrio de su cliente, nada más. La acusación particular (una abogada de Barcelona, rubia, rayos uva) apeló a la moral, a la decencia y a la degradación de la persona. ¡Menudo discursito! Su tono era abyecto, mientras espetaba sus conclusiones no apartaba su inquisidora mirada de J. Graus, semejaba estar escupiéndole, preparándole la hoguera para quemarlo vivo. ¡Por Dios!, me moría de ganas de gritar: «¡cállate ya pedazo de zorra!!!!!!!». Solicitó dos años de privación de libertad y una indemnización para su defendida por perjuicios morales de 240.000 euros. A lo largo del juicio J. Graus fue muy conciso en sus respuestas. Se acercaba el final de la vista y el magistrado concedió formalmente

la última palabra al acusado. Transcribo literalmente (grabé el audio de todo el juicio en mi móvil):

– *Lo terrible no es el castigo sino el juicio*, dijo Gorki. Yo no me arrepiento de nada. Ahora bien, el día posterior al de autos, en añonuevo, hablé con mi pene y le largué un buen rapapolvo. «Con la de mujeres que hay por ahí, tienes que ir detrás de esa cerilla andante», le reproché. Claro está que él no me contestó, sólo agachó las orejas... y seguramente que al cabo de media hora ya se le había olvidado. Es lo que tienen los penes, que carecen de memoria. Una cosa más, señora letrada, ya que usted se ha dirigido a mí con mucha devoción mientras emitía su informe, le diré lo siguiente: Las bolas chinas, cuando no se quitan del culo durante más de dos días, atrofian el cerebro. Hágaselo mirar.

«Dios. Dios. ¡Diossssssssss!!! ¡¡¡Mi ídolo!!!!!», pensé cuando J. Graus finalizó su excelsa declamación. Departió lenta y suavemente, saboreando cada palabra, sabedor de su superioridad. Apenas se escuchó al magistrado declarar el juicio visto para sentencia, puesto que el público abandonó la sala comentando la jugada de viva voz, no dando crédito al excelso epílogo de J. Graus. Volví al trabajo con la mayor de las sonrisas. Escuché el audio de mi móvil como ochenta veces aquel día. Al llegar a casa, se lo reproduje a Claudia, y a lo largo de la semana, a mis amigos, a mis padres, a mi hermano, ¡a todo el mundo!

«Las bolas chinas, cuando no se quitan del culo durante más de dos días, atrofian el cerebro. Hágaselo mirar», recé antes de acostarme.

## **Capítulo VIII**

Zambullí una gélida cerveza en mi colete y volví al trabajo pensando en el dichoso ser humano al que se le ocurriría la mágica fórmula de la cerveza. Lo veo segando un campo cerca de Babilonia en Agosto, bebiendo de la enorme ánfora que contenía la primera cerveza del Universo. Y todos los agricultores vecinos peregrinando hacia él en busca de un trago. Los eructos de aquellos hombres resonarían en toda Mesopotamia. En el juzgado, sentado en mi silla, con la cara de Jack Nicholson en *El Resplandor*, se encontraba J. Graus. El instante en que entreabrí la puerta me fijé en los caretos de mis compañeros. Parecían bastante acojonados con la muda presencia de J. Graus anclado en mi lugar. Me estaba esperando, vaya que si me estaba esperando. En que me vio entrar, sin siquiera saludarme, se levantó raudo, me agarró del brazo y se me llevó. Mis compañeros respirarían aliviados cuando ambos desaparecimos de allí. Dirían: «Son tales para cuales», «menudo par de locos», «Dios los cría y ellos se juntan», «miedo me dan» y sucedáneos.

– Vamos a un bar, anda –fue lo único que me dijo J. Graus hasta que llegamos y pedimos un par de cervezas. Andamos velozmente, como si el gobierno se dispusiese a anunciar la prohibición del consumo de cerveza en todo el territorio. Él se la bebió de un trago y pidió dos más. Yo todavía no había dado un sorbo a la mía. Pensé que algo muy serio se traía entre manos. Pensé que nos íbamos a emborrachar. Pensé llamar al juzgado para decirles que me había dado un bajón de azúcar y me ausentaría durante el resto de la jornada. Pensé que no me creerían. Pensé que me importaban una mierda ellos y me importaba una mierda el juzgado. Me bebí de un golpe mi cerveza en señal de que estaba dispuesto a escuchar con toda mi alma a mi querido compañero. Él me abrazó con una tierna mirada de sus súper-ojos de avestruz. La camarera nos acercó el otro par de cervezas, arrugó el cejo y nos dijo:

– Hace calor, ¿eh?

No le contestamos porque acometimos las nuevas birras. Bebí un largo trago que dejó el tubo temblando. Me sentí amigo del inventor iraní de la cerveza. Me entraron unas ganas terribles de lanzar un descomunal eructo de gratitud para con él que hiciese temblar los cimientos del bar, y a su vez desestabilizar las placas del subsuelo, provocar los subsiguientes corrimientos de tierra y sepultar el edificio de los juzgados bajo la colina de Lleida. Pero me lo guardé para otra ocasión. Me sentí un poco mareado, mareo placentero: la cerveza comenzaba a bañar mi playa mental en forma de sedosas olas espumosas. Estaba ansioso por escuchar a J. Graus. No tenía la menor idea de lo que me iba a contar. Sabía que todavía no habían dictado la sentencia de su juicio, pues cada mañana le

preguntaba a un compañero del Penal. Le miré solícito, con ojos a modo de orejas, insinuándole que comenzase a hablar cuando quisiese. Él asintió levemente mientras apuraba su cerveza.

– ¡Dos más! –exclamó hacia ningún sitio.

– Vaya ritmo, Jordi –repuse–, ¿se puede saber qué estamos celebrando?

– Claro hijo, claro. Ahora te lo explicaré todo. Pero aquí no. Vamos a bebernos unas cervezas y nos damos un paseo por el río... si te parece.

– Por supuesto –accedí, y en ese momento nos sirvieron las cervezas. Las vaciamos en un abrir y cerrar de bocas. Pedimos dos rondas más.

– Que no se me olvide –añadí–, brutal *tu última palabra* en el juicio, lo tengo todo grabado, me lo sé de memoria: «Las bolas chinas, cuando no se quitan del culo durante más de dos días, atrofian el cerebro. Hágaselo mirar». Fue como vaciar todo el esperma de Moby Dick en la boca operada de la abogada gilipollas ésa. Brutal. Eres muy grande, Jordi.

Él sonrió cariñosamente y, mientras se levantaba a pagar, dijo:

– Vayámonos.

– Espera, hombre, que te invito yo, o por lo menos te doy algo –le sugerí, a sabiendas de que no aceptaría. Y así fue. Tampoco iba a llevarle la contraria.

– Muchas gracias –le agradecí cuando salíamos por la puerta, golpeándole suavemente en el hombro.

– Venga, venga, vamos al río –añadió lacónico.

No hablamos hasta llegar a la ribera. Le miré varias veces para iniciar alguna conversación pero él no estaba por la labor. Daba la sensación de que toda la ciudad estuviese plagada de micrófonos persiguiéndonos. Poco me importaba: la cerveza seguía galvanizando mis circuitos. Me encantaría decirte, amiguito mío, que el río de Lleida de gélida agua cristalina estaba plagado de rápidos, que varios osos pescaban salmones kamikazes, que la vegetación era aterciopelada y los peñascos multiformes salpicaban el curso. Pero nada de eso. El río de Lleida era tipo acequia, acanalado artificialmente; el agua marrón y el paseo de un desconchado asfalto.

Nos sentamos en un banco de madera pintarrajeado. J. Graus me miró a los ojos fijamente, apoyó sus manos en sus rodillas y dio comienzo a su confesión:

– Adrián, conozco la sentencia. Se ha pasado tres pueblos el hijo de puta de Francesc (el juez del Penal). Le di una propinilla a una mujer de la limpieza, se metió en su ordenador con mis claves y me la imprimió. Está casi terminada, faltan algunos datos objetivos en los antecedentes de hecho, pero los fundamentos de derecho y el fallo está completo. Sólo falta que me la notifiquen oficialmente. Quizá mañana lo hagan. Pero no habrá un mañana.

Ese *no habrá un mañana* hendió mi pecho. Tragué saliva (la cerveza se me bajó a los pies). No obstante, dentro de su nerviosismo generalizado, J. Graus hablaba con calma, señal de que había meditado muy mucho sus planes. Me sentí algo turbado, pretendía echarle una mano, pero sin jugármela demasiado. Con un



gesto le invité a seguir con su exposición. Él volvió a mirarme firmemente. La magnitud de sus ojos me resultaba alucinante, como de otro mundo. Se liberó:

– Voy a matar a esa zorra esta noche. Me largo en bus de madrugada, la voy a descuartizar y esparcir por el río. Está plagado de siluros –señaló hacia el agua, que me resultó más tenebrosa que antes–, y a los siluros les encanta la carne, cualquier carne... la humana sabe a pollo, o por lo menos eso dijo el caníbal de Rotemburgo... vamos, un manjar para esos pequeños cabrones, en media hora se la zampan enterita... porque, cuánto pesará esa zorra, ¿treinta kilos?

» Viviré un tiempo en Cauterets, en los pirineos franceses, cerca de Lourdes. Con el tiempo pretendo marchar a París, quedarme allí para siempre... Tengo un tío en Cauterets y otro tío segundo que regenta un figón en el barrio latino de París, zona de escritores –me guiñó su gran ojo derecho.

Me quedé de piedra, me costaba tragar saliva. Se abalanzaron en mí y me hicieron dos preguntas: por qué me lo contaba a mí, y qué esperaba que hiciese por él. No tardé en enterarme. Ambos mirábamos las aguas del río. Estaba atardeciendo y a pesar de nuestra cercanía con el centro de la ciudad, el ruido del tráfico llegaba muy lejano, demasiado lejano, como si nos hallásemos en una burbuja, como si por algún extraño motivo la urbe respetase nuestra intimidad.

– Quedará muy claro que la he matado yo –prosiguió J. Graus–, eso es irrefutable, pero no me van a encontrar. He comprado un billete de avión de ida a Buenos Aires. He falsificado mi pasaporte y le he pagado diez mil quinientos euros del ala a un viejo amigo que está en apuros. Él irá por mí. Se me parece bastante el cabrón (en el colegio bromeaban con que éramos hermanos) y con las

gafas y el sombrero que le he proporcionado, la policía va a pensar que estoy en Argentina. Héctor es argentino, en realidad. Sólo tiene que deshacerse de las gafas y el sombrero y marchar hacia Salta, una provincia al Norte donde tiene a toda su familia. Además, él llevaba tiempo queriendo regresar a su casa.

J. Graus me sonrió, ora parecía que lo viese todo muy fácil y expedito, ora se posaban negros nubarrones sobre su mirada. Traté de imaginarlo asesinando a Patricia Ayneto, en vano.

– ¿Pero qué vas a hacer? –pregunté, en realidad quería decir: «¿cómo diablos la vas a matar?», pero no me atreví a ser tan directo; sin embargo, él me comprendió y respondió:

– Esta noche tiene cena, la esperaré en el portal y la amenazaré para entrar con ella en su casa.

– Pero... ¿y si se líla la fiesta y no vuelve?

– Ni de coña. Es una estrecha, seguro que llega no más tarde de las tres. En un maletín tengo preparado todo el instrumental quirúrgico –pronunció *quirúrgico* con suma cautela y muy bajito.

Materialicé el pensamiento que me sobrevino:

– Pero, si va a estar tan claro que tú eres el culpable, ¿por qué deshacerte del cuerpo?

– Porque sí, Adrián, porque sí –replicó enseguida–, porque he decidido que así sea, y ya me he hecho a la idea de echársela a los siluros. Así será.

Lo estaba rumiando desde hacía un rato, pero justo entonces determiné que J. Graus se había vuelto completamente loco. Súbitamente, pareció como si se eclosionase la burbuja confesional en la que nos hallábamos y escuché más nítido y cercano el tráfico. Un hombre se acercó paseando a su perro a unos veinte metros de nuestro banco. Interpelé a J. Graus:

– Jordi, creo sinceramente que se está yendo.

Él miraba al suelo. Negó rotunda y lentamente con su cabeza durante unos cuantos segundos. Comprendí que no le haría cambiar de opinión y le pregunté:

– ¿Qué quieres que haga por ti?

Él se incorporó y me habló muy sosegado y firme:

– No me vengas con sermones ahora, Adrián, por eso mismo te lo estoy diciendo a ti. Además, tú no eres de sermones. Confío en ti. No nos conocemos mucho, pero no suelo equivocarme con la gente. Siento de veras haberte metido en este lío, pero estoy completamente seguro de que no te va a salpicar. Verás, sólo te pido un favor: diles que me he despedido de ti. Simplemente eso, que pretendía huir de la justicia e iba a probar suerte en Argentina. Háblales de la Patagonia... que estaba como loco por recorrer la Patagonia.

– Está bien... pero Jordi, hazme tú un favor también, piénsatelo bien, no me jodas... todavía hay tiempo... es un lío muy gordo en el que te vas a meter.

Me interrumpió levantándose. Me ofreció sus brazos extendidos. Nos abrazamos.

– Jordi, –le dije–, espera un momento, por lo que más quieras...

Él tornó a mirarme, como resignado a su destino y se marchó rápidamente.

## **Capítulo IX**

Llegué a casa muy tarde y, a pesar de haber avisado a Claudia, arguyendo un fácil subterfugio (ir a notificar a la prisión), la encontré bastante mosca.

– ¿Y cómo es que has tenido que ir a la cárcel si no estás de guardia?

– Joder, Claudia, ya te lo he dicho. Han pagado la fianza de uno que estaba en prisión por un expediente de mi juzgado. Entonces tengo que ir yo. Pasa muy de vez en cuando, pero pasa.

Ella se me acercó y me olió histriónicamente.

– ¡Hueles a alcohol!, ¿has bebido?, ¿pero cómo se te ocurre beber en el trabajo?, ¿o es que no has ido?

– Madre mía, Claudia, ¡cómo eres! Me he bebido una cerveza esperando al tren, ¿qué hay de malo? Me olerá más el aliento porque no he cenado. Tengo hambre –y me dirigí hacia la cocina afectando mi cansancio.

A partir de ahí, ya os imagináis, trabajo de investigación de Mujer. No

desistió hasta que se lo solté todo (por lo menos, lo que ella creía que era *todo*).

La mañana siguiente, durante un receso laboral, bajé a pasear por el río con *Demian* de Herman Hesse pero me resultaba imposible concentrarme en la lectura. «¿Habría cumplido su palabra J. Graus?, ¿habría matado a Marta Ayneto?», cavilaba. Sin embargo, no se hablaba de nada excepcional en los juzgados, porque ese tipo de noticias vuelan. Y allí estaba el banco donde J. Graus me reveló sus planes. Me acerqué a la corriente de agua y atisé un grupillo de hermosos siluros que merodeaban por la orilla y asomaban sus aletas dorsales. Semejaban hastiados, dormitando con la tripa llena. No me quedó otra (lo mismo habrías hecho tú, amiguito mío) que pensar que esos tiburoncitos se habrían merendado a Marta Ayneto *en tu coño un seto*.

Bingo. Cuando regresé al juzgado me estaban esperando dos policías de paisano con malas pulgas. Supuse el porqué enseguida. Uno de ellos me recordó al típico tonto de pueblo que se baña con camiseta en la piscina para que no le vean los pezones. Me pidieron que los acompañase. Ni Jesús Ignacio *el misas* ni Ángela *mosquita muerta* ni Carmen *la comedones* ni Teresa *jubiláte de una puta* vez me quitaban ojo. ¡Ni parpadeaban los muy cabrones!, atentos a mi posible reacción y a todo lo que estaba aconteciendo. Quizá esperaban que me colocasen las esposas ahí ante todos. Pero no fue así. «Jodeos», pensé.

Ya en un cuartito al lado de los calabozos, en el sótano del edificio, los agentes me comentaron (mejor dicho, me comentó, pues sólo hablaba uno: *el tondo del pueblo*) con el tono de voz de quien se cree Todopoderoso, «que no me detenían porque trabajaba donde trabajaba, pero que más me valdría que

COOPERASE».

Pues bien, amiguito mío, aquella noche Marta Ayneto había desaparecido y su piso fue encontrado cual escenario de una matanza y atestado de huellas de J. Graus.

– Así que... ¿qué nos cuentas?, ¿qué te dijo?

Joder, me cuesta admitirlo, amiguito mío, pero me jugaron una mala pasada los nervios, tanto que temí que me arrestasen antes siquiera de poder contestar... Menos mal que poco a poco, fui calmándome. Las palabras comenzaron a fluir y me inyectaron ánimos. Avancé en mi exposición, centrándome en la monomanía (exageré, por supuesto) de J. Graus con la Patagonia. Yo le había aconsejado que no se fuese de viaje sin que le notificaran la sentencia y él me respondió que se hacía cargo de todo aquello su abogado. Nada más. Redundé en la Patagonia: El Calafate, el Perito Moreno, el clima cambiante, las ovejas, el lago Argentina... todo aquello me había referido J. Graus con una tremenda ilusión.

– ¡Y dale con la Patagonia! –exclamó *el tonto del pueblo* finalmente, bastante harto de que me anduviese por las ramas (a su entender)–, ¿pero qué tiene que ver la Patagonia con el asesinato de Marta Ayneto? Por tu bien que encontremos alguna prueba que avale lo que estás diciendo.

Concluyó preguntándome dónde había pasado la pasada noche, la del 16 de Julio. Contesté:

– En mi casa, con mi novia, en Zaragoza.

– Estate pendiente del móvil. Te llamaremos.

No se hablaba de otra cosa en Lleida, amiguito mío. El homicidio de la procuradora Marta Ayneto y la fuga de su más que probable asesino: J. Graus. La noticia corrió por los periódicos locales veloz como los jamaicanos.

A la semana siguiente, volvieron los agentes (los mismos: *el tonto del pueblo* y el otro al que pronto le sacaría mote también) a mi trabajo. Se comportaron más amistosamente, me invitaron a salir al pasillo, para evitar las penetrantes miradas de mis compañeros. Total que habían encontrado numerosos álbumes de la Patagonia en el piso de J. Graus y era probable que hubiese viajado a Argentina el día siguiente de autos. «¡Qué cabrón, J. Graus!», pensé.

Al mes oficiaron las exequias (sin cuerpo presente, por supuesto) de la procuradora.

En casa seguían los ánimos caldeados, tras una nueva bronca, me sinceré con Claudia, esta vez contándoselo to-do (¡craso error!). Me martillaba todos los santos días con que me iban a pillar, que algo habría por ahí que me inculpase, que me podían acusar de obstrucción a la justicia o encubrimiento, que no entendía cómo me metía en semejantes berenjenales siempre, que me iban a echar del trabajo, que no íbamos a tener ni para *dodotís* (pues andábamos pensando en descendencia), que si me iba el barro, que menudo ejemplo para mis hijos, que ella no iría a verme a la cárcel... Etc.

Cuando menos me lo esperaba, amiguito mío, cuando parecía que se



disipaba la vorágine del asesinato, ya un mes y medio después, irrumpieron de nuevo los maderos en mi trabajo. *El tonto del pueblo* y el otro, que era el típico que creía que la criminología era la madre de todas las ciencias y que con su mujer y sus escasos amigos se jactaría de que a Él no se le escapaba una pista, y vería todas las series policíacas de la televisión... Vamos, de ese tipo de plastas. Su mote se debe a lo unido que parecía estar con su compañero (quizá lo idolatraba en la intimidad, por lo tanto, decidí que debía tener algo del apodo del *tonto del pueblo*, por lo menos una de las dos palabras fundamentales) y a que se subía muchísimo los pantalones (llevaba el cinturón a la altura del esternón en su afán de presumir de paquete). Ahí va: *el tonto-pollas*.

Y bien: *el tonto del pueblo* y *el tonto-pollas* me detuvieron. ¡Delante de mis compañeros! Me levanté de mi mesa para acompañarles afuera, como la última vez. Sin embargo, *el tonto-pollas* me mostró sus refulgentes esposas y con una mueca chulesca me indicó que me diese la vuelta. No opuse resistencia. Seguro que cuando salimos por la puerta, a mis amados compañeros se les caería la baba de verme esposado. Yo no los miré: no les di esa satisfacción. Bajamos al sótano, a los calabozos. De camino, me topé con un millón de abogados, procuradores, trabajadores, todos ellos con sus curiosos ojitos clavados en mí. De primeras no verían las esposas. Pero los *tontos* me agarraban uno de cada brazo y muy probablemente el público se volvería a nuestro paso y sí vislumbraría las bruñidas manillas. Empero, siempre se puede ver el vaso medio lleno aunque no quede ni una gota: nos cruzamos con uno de mis ídolos, el que saludaba con oes. A él no le importó una mierda que fuese esposado (o no se dio cuenta).

Simplemente sonrió afablemente y profirió su «Eeeyyy, ¿qué tal?».

En el cuartucho me esperaba un abogado, el del turno de oficio. Me preguntó si tenía o quería abogado particular y le contesté «No». Le comenté que iba a instar un habeas corpus. «Ah, como quieras», respondió él lacónicamente, seguramente molesto de que no le hubiese consultado previamente. Abrió su periódico y lo hojeó. Yo solicité papel y bolígrafo. Al *tonto del pueblo* y (subsidiariamente) al *tonto-pollas* no les hizo mucha gracia mi pretensión, pero no les quedaba otra que acceder. Estamos ante derechos fundamentales, amiguito mío. Todo detenido puede presentar un habeas corpus si considera su detención ilegal. A los cinco minutos de firmar mi solicitud, se presentó el juez de guardia en persona. Me saludó cordial. Yo lo conocía sólo de vista. Era un tipo muy alto y delgado, afeitado y peinado con una raya a un lado que parecía que estaba tatuada en su cráneo de tanto que delimitaba ambas partes de su cabello. Engominado también, que se me olvidaba. Se apellidaba Cuchi. Para agenciarle un mote simplemente añadí una tilde a la última vocal de su apellido para convertirlo en un cerdo: *Cuchí*. Eso sí, un cerdo muy limpio y remilgado. Me vino a decir con voz flemática que desestimaba mi habeas corpus, que dejase obrar a los agentes e hiciese el favor de colaborar. Agregó que enseguida me dejarían en libertad.

– Está bien, de acuerdo –asentí, y firmé la notificación de denegación de mi inútil habeas corpus.

– Hasta luego a todos –se despidió *Cuchí* de los *tontos*, el abogado y el detenido (que seguía siendo yo por desgracia), y abandonó el cuarto de

interrogatorios.

Amiguito mío, la situación era la siguiente: yo estaba sentado a la mesa enfrente de *el tonto del pueblo*. A mi lado izquierdo, mi abogado había cerrado su periódico y se encontraba de pie listo para *defenderme*; y pululando por ahí se hallaba el *tonto-pollas*.

Primera pregunta (siempre era *el tonto del pueblo* quien hablaba):

– ¿Sabes si J. Graus tiene parientes?

– No, no, ni idea.

– ¿Estás seguro de que no te habló de irse a vivir con algún pariente?

– No.

Tras cada respuesta, mi interlocutor escrutaba mis facciones en busca de alguna posible reacción nerviosa. *El tonto-pollas*, ídem, sólo que éste disimulaba menos aún.

– ¿Sabes que no era él quien viajó a Buenos Aires?

– ¿Cómo? ¿Qué no era él? No entiendo...

– Contesta a mi pregunta.

– Pues no, no lo sabía –las palmas de mis manos comenzaron a sudar.

– Quien viajó a Buenos Aires era un pobre yonqui, amigo de la infancia de J. Graus. Está detenido en el aeropuerto. Hemos solicitado su extradición y en un par de días lo tendremos aquí. Creo que si le ofrecemos alguna dosis de caballo

con un mínimo de pureza, éste nos canta hasta el *soy minero* de Antonio Molina.

Miré a mi abogado. Él debería estar acostumbrado a las turbias artes de los agentes, pues ni se inmutó ante el petulante comentario. Respondí:

– Yo nada tengo que ver con todo eso.

– ¿Seguro que na-da? –rebatí presto *el tonto de pueblo*.

– Nada de nada –contesté firme, aunque vocalizando menos que mi querido agente de policía.

– Bien, te dejaremos en libertad, no hace falta que pases por el juzgado de guardia. Te citarán del juzgado correspondiente para declarar como imputado.

## **Capítulo X**

Durante el trayecto en el tren de vuelta a Zaragoza, hablé con Claudia por teléfono como unas diez veces. Nos enfadábamos y colgábamos. Yo necesitaba tranquilizarme y escuchar a Satie y ella encarnaba una teniente de la brigada de homicidios. No me recibió en la puerta plantándome un beso en la cara como de costumbre. Estaba en el sofá zampándose una tableta de chocolate compulsivamente. Me miró indiferente.

– Hola –dijo.

– Hola –dije.

Me dirigí al dormitorio. Suspiré. Me calcé el pijama. Dudé si acostarme o intentar hablar con ella. Opté por el camino más difícil y tomé asiento en el sofá a su lado. (Sin tocarnos). (Sin rozarnos). Comencé abordando algún tema baladí, cómicamente baladí en aquellas circunstancias.

– Hace fresco, ¿eh?

Ella sonrió como sonríe un rinoceronte cuando le dan una mala noticia.  
Después habló gélida:

– ¿Qué quieres?

Permanecimos en silencio unos diez minutos. La televisión departía ajena a nuestra tensión. Claudia apuraba su chocolate. Hizo una bola con el envoltorio y la posó encima de la mesa. La observé un rato (a la bola). Se abría lentamente, crepitaba.

– Voy a cenar algo –anuncié–, no sé si voy a poder dormir. Te espero en la cama leyendo.

– Luego iré yo –contestó mirándome a los ojos. ¡Primer símbolo de acercamiento! «Ya está», pensé, «se le está pasando. Paciencia. ¡Paciencia!»

Examiné la nevera en busca de algo que calentar en el microondas. Encontré en un pequeño plato un par de filetes de pechuga. Acabé con ellos en dos bocados y deposité mi cuerpo y mi alma en mi cama. Abrí *Risa Roja* de Andreiev. «Brutal», me dije cuando la finalicé. El reloj despertador marcaba la una y media de la madrugada. Claudia dormía a mi lado plácidamente. Con una cara de buena que no casaba con el día que me había dado. ¡Qué mala leche tiene la jodida! «¿Le vendrá la regla?», me dije muy para mí, temiendo despertarla. Apagué la luz, me deslicé entre las sábanas y cerré los ojos. Pensamientos como locos me avasallaron y sintiéndome incapaz de hacer frente a todos ellos, me enviaron a los bajos fondos de los sueños.

Soleado y fresco llegó el día en que debía declarar como imputado ante el

juez. Y, amiguito mío, ¿a que no sabes en qué juzgado caí? En el mío. ¡En el mío!

El ritmo de mi corazón aumentaba mientras me acercaba al edificio de los juzgados. Aquel día me resultó más imponente y sobrio que de costumbre. Mi rol trocaba de lo lindo: de trabajador a imputado. Por otro lado, me daba morbo el hecho de que me leyese los derechos. Estaba ansioso por ver quién lo haría, ¿sería *Mosquita muerta* o *júbilate de una puta vez* o *la comedones* o *el misas*?... Prefería *el misas*. (Y así fue). Entré en el juzgado con una de las mayores falsas sonrisas que jamás haya dibujado nadie en su rostro (aunque no tanto como la de Ángela *mosquita muerta*). Nada más atravesar la puerta: sus miradas. Me esperaban como agua de mayo. Me sentí el puto kilómetro cero del Universo. Debía rajar a cuchilladas aquel ambiente hostil y sin dar los buenos días siquiera dije:

– Bueno... ¿quién va a leerme los derechos?

– Yo, Adrián, yo lo haré –contestó extremadamente compasivo *el misas*–.

«Con la iglesia hemos topado», pensé, «ora pro nobis».

– La juez y el fiscal van a estar presentes –añadió Jesús Ignacio muy profesionalmente– y el abogado de oficio está subiendo. Voy a decirles que ya estás aquí.

Se hizo el más absoluto silencio y eché un vistazo alrededor. Mis compañeros emulaban avestruces escondiendo sus cabezas dentro de las pantallas de sus ordenadores. Intenté distraerme y templar mis nervios observando mi mesa, mi calendario, mi grapadora. Es curioso: nunca jamás

había tenido la sensación de que aquellos objetos fuesen de mi propiedad y en aquel instante los miraba como a gratos recuerdos. Mala señal: mis sentimientos eran los pétalos de la flor de piel. «No tardarán en nombrarme un sustituto interino, al menos hasta que finalice la instrucción del caso», cavilé. Agradecí que se abriese la puerta. Era mi abogado. Me sonaba de vista pero desconocía su nombre. Barbilampiño, muy delgado, de mediana estatura, apocado y con voz trémula y afeminada. «Voy listo con éste», me dije mientras le tendía mi mano (la suya parecía mantequilla).

– Juan Prats –se presentó.

– Adrián –contesté.

Jesús Ignacio *el misas* con una pose oficial, apareció por el pasillo que daba a los despachos de las *personalidades* del juzgado y susurró monacal:

– Cuando queráis.

El letrado me hizo un gesto para que pasase delante. Me puse en marcha y seguí los pasos de Jesús Ignacio. ¡Me sentí como un buen discípulo de Jesucristo! El corredor parecía más angosto y el despacho de la juez (el último) más alejado que de ordinario. Entré y di los *buenos días*. Mi letrado Juan Prats hizo lo propio, pero para con el cuello de su camisa. ¡Dios, allí estaban *Mujer babuino* y *Lucía*! ¡Menuda pareja! Ambos dos contestaron educadamente con otro *buenos días*.

– Siéntense, por favor –añadió *Mujer babuino* y carraspeó como lo hacen los hombres obesos cuando esperan a la mesa que les acerquen los huevos fritos



con patatas.

Procedimos y tras un mínimo pero magnífico silencio y con todos en nuestros puestos, *el misas* declamó:

– Tienes derecho a...

Conocía perfectamente la retahíla de derechos que me asistían. Escuché con resignación. Miré de soslayo a mi abogado: parecía ausente. ¿En qué estaría pensando? Seguramente en un nuevo y lustroso becario que se querría beneficiar. Me entraron unas ganas terribles de decir: «Me acojo al derecho de no declarar». Sin embargo, pensándolo fríamente, muy poco tenía que esconder. Simplemente obviar la parte de la conversación en que J. Graus me reveló sus intenciones más oscuras. Nada más. Dirigí la vista al frente y sobre el cabestro de *Mujer babuino* se hallaba el todopoderoso rey Juan Carlos, en un ridículo cuadro tamaño folio, algo amarillento ya. Muy serio el tío. La justicia se imparte en su nombre, nunca lo olvidéis. Cuando imponen la multa de 1.200 euros a un yonqui por robar un tarro de garbanzos en un supermercado. Cuando un multimillonario paga su fianza de 5 millones de euros para librarse de la cárcel... La voz viril de *Mujer babuino* esfumó mis elucubraciones:

– J. Graus se halla huido de la Justicia, como bien sabrá. Usted es la única persona (que la policía sepa) que habló con él antes de asesinar a Marta Ayneto. Se le imputa un delito de obstrucción a la Justicia, de momento. Sería muy conveniente que facilitase alguna pista para dar con el paradero de J. Graus.

– De verdad que no tengo ni idea. Ya se lo dije a la policía. J. Graus me

comentó que se iba a la Patagonia y que su abogado se haría cargo de la sentencia que estaba a punto de dictarse. Nada más.

La juez dio paso al fiscal con solemnes palabras:

– El Ministerio Público... ¿desea formular alguna pregunta?

– Con la venia de Su Señoría –comenzó *Lucía* recogiendo el relevo con ganas–, Sr. Azcona, ¿conoce usted al señor Gambrino, Héctor Gambrino?

– No –repuse dubitativo, jamás había oído semejante apellido.

– Era el anzuelo de J. Graus. Él viajó en su nombre a Argentina. Declaró hace un par de semanas.

– Ah, sí, me lo dijo la policía.

– Héctor Gambrino declaró que es probable que J. Graus ande por aquí. Si es así, no tardarán en encontrarlo. ¿Usted quiere que lo encuentren? –entonó esta pregunta sumamente adusto, disparándome su mirada horizontal.

Temiendo las consecuencias de mi brutal sinceridad, mentí:

– Claro, claro que quiero que lo encuentren –pero nada más pronunciar esa maldita frase me arrepentí. «Soy un asqueroso vendido farsante», pensé.

– ¿No eran ustedes amigos? –prosiguió el puñetero *Lucía*, hurgando en mi herida.

– Sí, pero lo que hizo... presuntamente... no está bien –proseguí execrándome en mis adentros y sintiéndome un San Pedro de tres al cuarto.

– ¿Presuntamente? –inquirió tenaz–, hay un millón de pruebas que lo inculpan, Sr. Azcona.

(¡Dios!, ¡cómo odiaba que me tratase de aquel modo tan falsamente cortés!)

– In dubio pro reo –respondí, mordiendo el cebo.

– ¿In dubio pro reo? –repitió audaz *Lucía*–... luego, ¿todavía tiene dudas de que no fuese J. Graus el asesino de Marta Ayneto?

Me estaba ganando la partida de lejos el muy cabrón.

– No, pero hasta que no se celebre el juicio y lo declaren culpable, sigue siendo inocente, según la ley –alegué fríamente.

– Según la Constitución –me corrigió rápidamente–, y para que se celebre el juicio primero lo tienen que encontrar, y por eso estamos aquí, Sr. Azcona. Por eso estamos aquí...

Se hizo un breve silencio. *Mujer babuino* hojeaba el expediente, *Lucía* continuaba mirándome, retándome a otro combate, sabiéndose vencedor del primero. Tenía unas ganas locas de volar de aquel vil despacho. Imaginé por un momento a J. Graus irrumpiendo en él con una sierra mecánica encendida y dando muerte por doquier.

– Letrado, ¿alguna pregunta? –habló *Mujer babuino*, entendiendo que el fiscal no formularía más cuestiones.

– No, ninguna pregunta, Señoría –contestó Juan Prats.

Agradecí su respuesta, pues concluyó el interrogatorio. Jesús Ignacio, que desde un rincón había transcrito en un ordenador lo manifestado por unos y otros, imprimió el acta y la firmamos. Me expidieron una copia. Me despedí lanzando unos cuantos impersonales «adiós, buenos días» y abandoné las dependencias judiciales. Me largué a la estación y me bebí un par de cervezas esperando el tren. Cuando abrí mi Libro, pensé en que no serviría de nada, pues me sería imposible concentrarme en la lectura. Pero me encontraba ante una antología de Nazim Hikmet.

## **Capítulo XI**

Aquella tarde proyecté fingir una baja laboral. Sin embargo, una vespertina llamada telefónica dio al traste con mis ladinos planes. La llamada provenía de la Gerencia Territorial del Ministerio de Justicia: habían decretado en mi expediente disciplinario suspensión de empleo y sueldo. «¡Qué rápidos son los jodidos para lo que les interesa! Madre mía, la que me espera ahora», cavilé y antes de que Claudia llegase de trabajar, bajé a la calle, encendí mi coche y me guarecí en casa de mis padres. Ellos no sabían nada de nada de todo aquello. Ni siquiera a mi hermano se lo había contado. Dudé si hacerlo o no. Mi inesperada visita les sorprendió (un martes, cuando Claudia y yo solíamos ir exclusivamente los fines de semana). Sin embargo, el amor que me profesaban (¡mutuo amor!) enseguida evaporó la sorpresa y mi madre preparó una cena que ni para la recepción del presidente de los Estados Unidos en Moncloa.

Mi hermano seguía en paro, cosa que no le preocupaba en demasía. Y aparentemente a mis padres, de momento, tampoco. Lo importante para ellos es

que se portase bien y no se metiese en líos (*reinserción*, lo llaman en Derecho Penal). Así, arrancar de cuajo de sus hipocampos las malas hierbas de la prisión. Por cierto, amiguito mío, nada más se supo del enamoramiento de mi hermano con aquella funcionaria de prisiones.

Cenamos abajo en el jardín, aprovechando la magnífica tarde que nos brindaba el Universo. León (perra) y Tilico (gato) bullían bajo la mesa en busca de comida. Mi padre se lo pasaba en grande observando sus travesuras, y como participando de ellas, de vez en cuando liberaba alguna pícara carcajada. Mi madre iba y venía con platos y más platos y mi hermano y yo le decíamos (con la boca pequeña) que parase ya, que andábamos ahitos.

La sintonía de mi teléfono móvil (nada menos que la inquietante *Cabalgata de las Valquirias* de Wagner) me devolvió a la cruel realidad. Era Claudia quien llamaba. Opté por no descolgar para seguir disfrutando de mis padres y hermano y de León y Tilico y de la tarde y de la cena.

– ¿Quién era? –preguntó suspicaz mi madre, pues el móvil se hallaba encima de la mesa y había podido leer perfectamente en la pantalla que se trataba de Claudia.

– Nada, Claudia –contesté vagamente–, ahora la llamo.

– ¿Y cómo es que no ha venido? –continuó ella, haciendo el papel del fiscal *Lucía*.

– Mamá, que tenía que trabajar, que ahora la llamo –repetí yo, arrastrando mis palabras.

Para cambiar de tema lo antes posible, pregunté a mi hermano:

– ¿Qué? ¿Vas a hacer algo para el puente?

– Pues sí, sí, me voy con Acento al Pirineo francés. Se ha echado una amigueta... por internet. Y le da algo de corte ir solo, no vaya a ser una patraña y lo acompaño... en principio, para todo el fin de semana.

(Que conste, amiguito mío, que Acento no es ningún mote; Acento es el apellido de uno de los mejores amigos de mi hermano, un amigo de la infancia. En el siguiente capítulo te hablaré de él, amiguito mío, porque no tiene desperdicio).

– Ah, qué bien, ¿y adónde vais?

– A Cauterets, creo que se llama el pueblo, debe estar nada más pasar la frontera, cerca de Lourdes.

Mis padres, desconocedores de aquella escapada de mi hermano, escuchaban con cara de circunstancias, temerosos de que se metiese en embrollos. En cuanto a mí, tras escuchar *Cauterets* (sí, lo recordaba perfectamente, se grabó a fuego en mi mente: ¡el refugio de J. Graus en el Pirineo francés!), el bocado de carne que masticaba en aquel instante se coló por mi garganta como un proyectil atraído brutalmente por el agujero negro en que se había tornado mi estómago. Carraspeé y cabeceé algo turbado.

– ¡Chico!, ¡ten cuidado! –dijo mi padre–, bebe un poco de agua.

Obedecí. Ahora sí que las tinieblas se habían apoderado de mí. Incluso

aquella casa protectora habíase tornado enemiga. Sentí todas las prisas del mundo fluir por mis venas. «¿Cauterets?, ¡Cauterets!», me repetía. Ahora lo veo desde la distancia que recorre el tiempo y resulta un poco vergonzoso, puesto que ninguno de los comensales ni el perro ni el gato conocía la historia (histeria) que me atenazaba. Sin embargo, en aquel momento en que escuché el abominable término de *Cauterets*, me dio la sensación de que alguien me apuntaba con una pistola en la sien para que me largase de allí cuanto antes. Amiguito mío, puedes denominar a ese alguien *conciencia*.

– No nos habías dicho nada de que te ibas con Acento –inquirió mi madre a mi hermano.

– Mamá: vamos a la montaña a pasar unos días tranquilos: no pasa nada... Si os queréis venir –apuntilló mi hermano, dirigiéndose a mí y en mi nombre a la ausente Claudia.

– ¡Ah!, no, no, gracias, no te preocupes –contesté yo como bajando al mundo.

– ¿Por qué no? –interpeló mi madre–, pues id los cuatro que lo pasaréis mejor.

La verdadera intención de mi madre era que Claudia y yo cuidásemos de mi hermano, que lo atásemos en corto para que no bebiera y cogiese el coche. Agradecí la sucu-lenta cena y rápido comencé a recoger los platos (hecho nada común en mí). Mi madre me observaba entornando sus ojos con el entrecejo fruncido.



– ¿Pero no llamas a Claudia? Así le dices lo del puente, igual le apetece...

– Sí, ahora, mamá, ahora. Me voy a ir ya en breves.

– Pues hay pasteles muy buenos de postre, ya verás, qué tiernos. ¿Tienes para pincharte? –mi madre se refería a la insulina: cada vez que me atiborraba de dulces debía inyectarme un buen chute para contrarrestar la sobredosis de azúcar en mi sangre.

– Sí, sí, es de lo mejor que hay esa pastelería –añadió mi padre (era muy goloso él), ansioso por hincarles el diente.

Mi hermano se había levantado de la mesa y jugueteaba con León. Concretamente se había descalzado y le ofrecía a la perra su pie desnudo para que lo lamiese. Lo miré y pese a mi estado de nerviosismo no me quedó otra que sonreír. Él dijo:

– Mira que es tonta, últimamente le encanta chuparme el pie.

– Bueno, yo me voy a ir ya –incidí.

– ¿Pero no quieres probar los pasteles? –repuso mi madre.

– No, no, que me voy ya.

– Espera que te pongo algunos en un tupper y así que los pruebe Claudia también. Hay de chocolate, de trufa, de nata y de cabello de ángel. Ya verás qué buenos están.

– Esponjosos, esponjosos –agregó mi padre con la baba colgante

emulando a León.

No sabes, amiguito mío, cuánto disfruté de la balsámica soledad en mi coche. Sintonicé radio clásica y sonaron acordes con las últimas teclas (las más agudas) de un piano. Lentos y precisos como una ejecución. Si hubiese podido abrir la puerta y tirarme con el coche en marcha y seguir mi camino sin mí, más tranquilo hubiese ido... Me contenté con conducir excesivamente lento, temiendo llegar a cualquier destino.

## **Capítulo XII**

Nada más atravesar la puerta de mi casa le largué de sopetón a Claudia que me habían suspendido de empleo y sueldo. Sin aderezarlo con un *buenas noches* ni nada. Si hacía un rato, mi madre había hecho sus pinitos de fiscal durante la cena, presentía que ahora le tocaba a Claudia. Mi vida plagada de fiscales, ¡de malditos *Lucías*! Sin embargo, Claudia me debió contemplar tan deprimido que me tomó de la mano y me acompañó al sofá. Me ofreció palabras cariñosas y alentadoras. ¡Ni un ápice de desconfianza ni de reprobación! Cuánto lo agradecí, amiguito mío, ¡cuánto! En la cama, en pelotas, postrados ante un pequeño y viejo dios ventilador, Claudia y yo decidimos que no les diríamos nada a mis padres. No era cuestión de hacerles pasar otro mal trago. En cambio, a mi hermano sí, ¿por qué no? Confiaba ciegamente en la fidelidad de su silencio. Al día siguiente lo llamé y se lo expliqué todo.

– No te preocupes, Adrián, que no pasará nada. Pronto lo pillarán y sanseacabó –me animó con hilaridad, restándole trascendencia al asunto–. Venga hombre, veníos tú y Claudia al pirineo francés el fin de semana y así te

evades un poco. He hablado con Acento y me ha contado que su amiguita tiene un caserón enorme y que vayamos los que queramos sin problemas. Debe ser hippie la tía.

Claudia aceptó de buen grado marchar el puente del quince de Agosto para Cauterets. (Eso sí, me obligó a prometerle que según viese la casa de su amiga nos hospedaríamos en una pensión). He de mencionar que al relatar a mi hermano la historia de J. Graus, al referir que éste se había fugado a Francia, no concreté «a Cauterets». Empero, hubiese jurado que sí lo referí cuando se lo conté to-do a Claudia. Seguramente ella habría olvidado (que no obviado) ese dato. Porque Cauterets, ¡precisamente Cauterets!, era el cobijo de J. Graus y al lugar al que nos dirigíamos. Así pues, para no mandar al traste la escapada, eludí ese *nimio detalle* y emprendimos el viaje. Fuimos en dos coches, bajo la excusa de hacer nuestras propias excursiones y preservar nuestra intimidad. Con semblante festivo, Claudia al volante se impregnaba de la música que manaba de la radio de su coche; yo, de copiloto, no hacía otra cosa que preguntarme cómo obraría si me topaba con J. Graus. Las palabras de éste fueron *que el caso no me iba a salpicar* y en realidad me estaba enfangando. Pero tampoco le guardaba rencor. Además, me decía a mí mismo, intentando calmarme, «ya habrá marchado hacia París». Al rato, volvía a las andadas: ¿pero para qué voy?, ¿acaso soy masoca?, como me pille la policía hablando con él me meten directo al trullo, ¿qué necesidad tengo yo de ir precisamente a Cauterets?, ¡a la guarida del lobo! O no sería que pretendía encontrarlo para avisar a la gendarmería y así liquidar mis problemas de una vez por todas. Total, ya había anticipado la conducta de San Pedro (negando a J. Grausucristo) durante la última declaración

con *Lucía*... quizá no me supondría mucho esfuerzo terminar de venderme. «¡Pero qué diablos estás pensando, Adrián!», me espetaba a mí mismo. Claudia mandó al traste todas mis cábalas:

– Paran en esa gasolinera –ellos iban por delante, en el vehículo de Acento, el amigo de mi hermano (por supuesto que conducía aquél).

En efecto. Hicimos una pausa para tomar un tentempié en un área de descanso poco antes de la frontera, en Formigal. Respiramos aire puro. Qué placer, amiguito mío, qué placer aquel sabor del aire apenas mancillado por la raza humana. Mi hermano y yo nos echamos una jarra de cerveza al colete; los conductores, granizado de café. Cuando íbamos a reemprender el viaje, le dije a Acento guiñándole el ojo y señalando a mi hermano:

– Sobre todo no dejes conducir a ése, ¿eh?... que ya sabes dónde acabó la última vez...

– No, no te preocupes –contestó Acento sonriente.

Lo prometido es deuda. Amiguito mío, me propongo ahora describirte a Acento y revelarte algunas de sus más celebres hazañas.

Braulio (nunca nadie lo llamaba por el nombre) Acento poseía una testa descomunal. Análoga a la del tiburón martillo. Portaba el pelo rapado. Era chaparrudo, muy fuerte, con los brazos excesivamente cortos (¡le colgaban como a un tiranosaurio rex!). Gesticulaba sobremanera y siempre ofrecía un semblante jocundo. Mejor así, pues prefería no imaginármelo de mala leche. Yo lo conocía desde crío, del pueblo. Venía mucho a casa de mis padres. Con el pretexto de la

confección de algún trabajo escolar, mi hermano y él se atiboraban a jugar al ordenador, a las chapas, a leer revistas de baloncesto, erótico-festivas, cómics... vamos, cualquier cosa no relacionada con libros de texto. La fechoría de Acento que más me marcó (todavía hoy me resulta brutal) es la siguiente: cuando tenía ocho años, hundió su tenedor en el cráneo de su primo porque éste le arrambló una albóndiga del plato. Quizá estés riendo ahora, amiguito mío, la verdad es que yo también río mientras escribo. Es posible que si leyese estas líneas la víctima, el primo de Acento, se acariciase la cicatriz de su cuero cabelludo y también soltase alguna carcajada. (Casi) Todo se le puede perdonar a un niño hambriento. Otra proeza de Braulio Acento: años más tarde, ya con dieciséis, irrumpió con su motocicleta en uno de los bares del pueblo y, blandiendo el puño, amenazó con matar A TODOS. Se trataba nada más y nada menos de su primera borrachera. Luego se fue apaciguando. Mi hermano me comentaba que Acento se enfadaba muchísimo con su sobreprotectora abuela. Hasta me confesó que a veces llegaba a temer que la matase. Con el frío paso del tiempo, bromeaba yo a mi hermano:

– ¿Qué tal va Acento?, ¿ha asesinado ya a su abuela?

Recuerdo también que un domingo por la mañana se presentó la Superabuela en casa de mis padres. Mi hermano y yo dormíamos la mona. Se ve que mi madre no consiguió retenerla y asaltó nuestro cuarto. Asió a mi hermano del pescuezo preguntándole una y otra vez con los ojos en órbita:

– ¿Dónde está mi nieto? ¿Dónde está mi nieto? ¿Dónde está mi nieto?  
¿Dónde está mi nieto? ¿Dónde está mi nieto? ¿Dónde está mi nieto? ¿Dónde  
está mi nieto? ¿Dónde está mi nieto? ¿Dónde está mi nieto? ¿Dónde está mi

nieto? ¿Dónde está mi nieto? ¿Dónde está mi nieto? ¿Dónde está mi nieto?

Mi padre socorrió a mi madre y entre los dos calmaron a la fiera. Yo, todavía medio borracho, en la cama de al lado, casi me asfixio de la risa camuflado entre las mantas. Mi hermano, en cambio, estaba muy pero que muy acojonado, bajo las vetustas garras de aquella bestia. Suspiró cuando se marchó, convencida de que su nieto no se escondía en nuestra casa y de que mi hermano no tenía la más mínima idea de dónde podía parar. Acento debió aparecer aquel día a las tres de la tarde. Su abuela lo castigó sin salir (de juerga) durante un mes. Es curioso: lo castigaba su abuela y no sus padres. ¡Y lo castigaba a sus dieciocho años! El último castigo se lo impuso a los veinte. Por aquella época fue cuando acumuló más papeletas para que su nieto le diese matarife. Sinceramente, amiguito mío, no sé si la Superabuela de Acento sigue viva hoy, pero tampoco he tenido noticia de su muerte. De todos modos, he de reconocer que me encantaba que Acento fuese uno de los mejores amigos de mi hermano. Era honesto y simpático (siempre que no le robases una albóndiga del plato).

Volvamos al relato, amiguito mío. Mi hermano con sus melenas rizadas y Acento con su pelo rapado entraron en su vehículo y reiniciaron la marcha. Claudia y yo los seguimos en corto. Restaba una hora y media de trayecto, aproximadamente. Cuando llegásemos a destino sería de noche. Me alivió ese pormenor: por lo menos, entre la aceitosa nocturnidad aquella jornada sería más difícil tropezar con J. Graus. Claudia estaba muy animada y no paraba de hablar. Yo le acercaba de vez en cuando una patata frita a la boca para que no soltase el volante. Me contagié su buen humor y acabamos tarareando a grito pelado las

sinfonías que emitía el canal de radio clásica. Amiguito mío, cuando sonó *La marcha Radetzky* fue la apoteosis.

### **Capítulo XIII**

La Noche se nos echó encima atravesando pueblos y pueblos repletos de minúsculas rotondas. El GPS de Acento nos guiaba. Tras un último puerto de montaña, nos recibieron las primeras edificaciones de la intrigante Cauterets. A ambos lados de la carretera, las luces de las urbanizaciones emulaban lentejuelas en las faldas de las montañas. *Nuestra* casa se hallaba en el centro del pueblo, en el casco viejo. Las callejuelas adoquinadas tapizaban de romanticismo la corteza terrestre. Las farolas cabizbajas alumbraban somnolientas. Los vecinos ya debían estar recogidos en sus casas. Reinaba una tranquilidad maravillosa que mitigó mis nervios. Realmente aquél era un buen escondite. «Vaya con J. Graus, aquí no dan con él en la vida», pensé. Aurora nos esperaba en la puerta acariciando a un magnífico pastor alemán. Cuando nos acercamos, se fundió en un abrazo con Acento y lo besó apasionadamente. El tiempo se paró el tiempo en que duró el



beso. Una vez separados sus labios, le cogió de la mano y nos saludó al resto. El perro nos miraba fijamente como diciendo: «No sé quién coño sois vosotros, pero yo también existo, podríais decirme *hola* por lo menos». Le acaricié y se coló entre mis piernas meneando el rabo agradecido. Aurora hablaba muy bien el castellano (vivió varios años en Madrid, según dijo):

– Pasad, pasad. Estáis en vuestra casa. Dejad las cosas en la sala (simplemente portábamos una mochila cada uno). Si os parece, primero tomamos algo y luego subimos todo arriba. Hay habitaciones de sobra.

Tras el zaguán, el salón era espléndido, de techos muy altos. En las paredes colgaban numerosas fotografías en blanco y negro, con escenas de las cumbres nevadas y cientos y cientos y cientos y cientos de Libros en estanterías de madera. Mediante una hermosa escalera de caracol se accedía al piso de arriba donde había cuatro dormitorios y dos baños. Abajo, una espaciosa cocina y un pequeño lavabo. Una enorme puerta corredera de cristal daba paso a un alborotado y caótico no por ello menos fabuloso jardín: la morada de Émile, el perro (¡lo bautizó en honor a Zola!).

Aurora nos sirvió quesos, paté, mermelada de frambuesa casera y varias rebanadas de pan. Devoramos mientras charlábamos distendidamente. Daba la sensación de que Acento y la anfitriona se conociesen de toda la vida. Hacían buena pareja, la verdad. Sus manos seguían entrelazadas. Sonreían. Se sonreían. Según parece, habían hablado durante horas y horas a través de la webcam. Aurora tenía treinta y dos años, al igual que Claudia y yo. Mi hermano y Acento: algo más viejos: treinta y seis. Aurora era regordeta y bajita. Con los mofletes

sobresalientes y el cabello bermejo (teñido) muy rizado y muy corto. Sus pequeños ojos negros brillaban y hablaba por los codos. Nos preguntó por el viaje, a qué nos dedicábamos, si Claudia y yo estábamos casados, si teníamos hijos, dónde vivíamos, cuánto pagábamos de alquiler, etc. Sus cuestiones eran de una curiosidad de absoluta pureza, como las de un niño, sin atisbo de intromisión. A medianoche, los bostezos comenzaron a aparecer en nuestras bocas a modo de plaga y nos recogimos. La habitación que nos fue brindada a Claudia y a mí era magnífica. Completamente empapelada con motivos florales y repleta de Libros.

– Disculpad el desorden –se excusó señalando hacia un rincón donde descansaban desparramados en el suelo montones de Libros.

– No, no te preocupes. Es perfecto –rebatí–. Muchas gracias. De verdad, muchas gracias.

– De nada. Buenas noches –se despidió sonriendo, levantando la mano y cerró la puerta a su paso.

– Buenas noches, Aurora. Muchas gracias –contestamos Claudia y yo al unísono.

Anduve hojeando los Libros mientras Claudia deshacía la cama y colocaba su ropa sobre una silla, pues no había armarios. Cuando apagamos la luz, presos del cansancio y levitando sobre aquella gran cama limpia y fría, comenzó un pícaro sonido que acabó convirtiéndose en desagradable ruido: el rechinar de la cama del amor. Claudia y yo al principio nos reíamos a sigilosas carcajadas; sin

embargo, al cabo de una hora y media estábamos de los nervios. Al fin, el agotamiento nos doblegó.

¿Hasta qué hora habrían estado dale que te pego Acento y Aurora?, eso es una incógnita, amiguito mío. Sólo te diré que a la mañana siguiente, mi hermano, Claudia y yo salimos a dar una vuelta por el pueblo, visto que los enamorados no daban señales de vida.

Un cielo la mar de azul se deslizaba por las mayestáticas montañas y se mecía sobre Cauterets. La visión del valle era espectacular. En primer plano, el verde tapiz y allá a lo lejos las nieves perpetuas. Aquel día era 15 de Agosto. Recuerda, amiguito mío, que los días 1 y 15 de todos los meses, en el trabajo, hacía yo mi propio agosto. Los *apud-acta* venían a firmar y trapicheaba con ellos. Con mi suspensión de empleo y sueldo, adiós también a aquel dinerillo extra. Probablemente me echarían de menos los firmantes (más que mis compañeros). Al no verme allí, supondrían finiquitado el chollo de ausentarse de signar algunas fechas. Confiaba en que no se chivasen a mi sustituto o sustituta, y éste o ésta a su vez lo largase a Anna María *la hija de puta* o a *Mujer babuino* porque entonces me metería en un lío pero de los gordos. Pensándolo bien, no parecía muy improbable: una forma rápida de afianzarse en el puesto, mi sustituto o sustituta. Si destapaba mi *trata de firmas* indudablemente me despedirían para siempre. Pero volvamos al relato, amiguito mío.

Cerca de la una, telefoneó Acento a mi hermano.

– ¿Qué tal?, ¿dónde paráis?

– Aquí al lado, en el café Voltaire, tomando una cerveza, esperándoos.

– Vamos enseguida.

Y en pocos minutos aparecieron. De la mano, deslumbrantes, recién duchados (olían a perfume), con unas placenteras sonrisas de Este a Oeste de sus rostros (como el gato de Alicia en el país de las Maravillas).

– ¿Habéis dormido bien? –nos preguntó Aurora.

– Sí, sí –respondimos falazmente–, muy bien, gracias.

– Me alegro, ¡nosotros también hemos dormido muy bien! –tanto Claudia, como mi hermano y yo debimos pensar lo mismo: «Hombre, dormir, dormir... lo que se dice dormir... no habéis dormido mucho, ¡cabrones!»– Si os parece, podíamos comer aquí al lado en el restaurante París –propuso Aurora–, es el mejor de todos y además conozco a los dueños. La comida es genial. ¿Os apetece?

Por mí, no me hubiera marchado de allí. El nombre del café en que nos encontrábamos (Voltaire) ejercía un fuerte magnetismo sobre mi mente. Me transportaba al de Zurich de primeros de siglo XIX. Quién sabe si algunos de aquellos clientes fuesen los nuevos Hugo Ball, Tristán Tzara y compañía. (¡Y un desconocido Lenin observando desde la ventana de la acera de enfrente urdiendo sus planes revolucionarios!).

Dudo si escribir Destino con minúscula o mayúscula. Pero, como apreciarás, amiguito mío, ya elegí. No porque crea que se trate de algo divino o metafísico, sino porque cuando te paras a pensar en él, en el concepto de

Destino, se debe a que algo fenomenal ha sucedido (o esperas que suceda). Y es justo entonces cuando te cuestionas su naturaleza. ¿Son nuestros propios actos los que crean nuestro Destino o es el Destino quien se presenta ante nosotros cual fuerza sobrenatural para encaminar nuestras vidas? ¿Qué o quién es el Destino?: ¿El camino en sí?, ¿o el ingeniero de caminos? Yo pienso, amiguito mío, que el Destino es un simple mecanismo interno recordatorio de que nuestras vidas deben dirigirse hacia algún sitio. De que debemos levantar del sofá, apagar la televisión y Vivir.

«J. Graus en persona. Se le parece... pero no, no es. O sí, sí es. ¿Con semejante barba? ¿Y esa boina? No, no creo. Estoy sugestionado. A ver, a ver, que se gira un poco. ¡Joder!, ¡es él! ¡Hostias! ¡Sus gafas dantescas y sus ojos de huevos de avestruz! ¡Dios mío, es él!», pensé sentado a la mesa del abarrotado restaurante París mientras esperábamos que nos sirviesen el primer plato. J. Graus se encontraba casi al fondo de la hermosa sala comedor. Al lado de una ventana con las hojas abiertas. Las blancas cortinas se removían alegres, constantemente embarazándose y pariendo el aire fresco que penetraba de la calle. J. Graus comía con gula una enorme ensalada, inclinando su cuello muy cerca del plato. Su acompañante era un señor muy mayor (su bastón colgaba del respaldo de su silla) calvo con cuatro pelos blancos que manaban de una oreja y desembocaban artificialmente en la otra. De vez en cuando el viento jugueteaba con ellos formando una cómica cresta. El viejo maniobraba con extrema lentitud. Su cuchara viajaba parsimoniosa desde su cuenco de lentejas hasta su boca. Temblaba. Semblaba realizar un enorme esfuerzo para que las lentejas no saliesen despedidas de la cuchara debido a los movimientos espasmódicos de

su mano. Masticaba a cámara lenta. J. Graus untaba el pan, se atusaba las barbas, bebía vino, se subía las gafas con el dedo índice de su mano izquierda, se rascaba la nariz, la oreja, se limpiaba con la servilleta... todo ello parecía más acelerado en contraste con la flemática senectud de su comensal.

De momento no temí cruzar miradas, pues J. Graus no despegaba sus ojos de su mesa, inmerso en sus manjares. Cuando él finalizó, echó un vistazo en derredor y entonces yo lo evité hendiendo mi mirada en el mantel floreado de nuestra mesa (margaritas, sólo margaritas). Por supuesto que tenía la intención de acercarme a saludarle, pero primero debía urdir un plan. Quizá él, al verme, temiese mi delación y echase a correr montando algún escándalo. En aquel momento, se presentó en mi imaginación una impactante imagen: la del asesinato. Lo vi armado con un brillante machete descuartizando a Marta Ayneto *en tu coño un seto*. Es curioso que el machete no se manchase de sangre en mi ensoñación. Seguía refulgente como una estrella nueva. Sudando la gota gorda, J. Graus serraba los huesos con denodado empeño. Rellenaba bolsas y bolsas de basura con los restos humanos. Ya sólo quedaba la cabeza. Ésta (con los ojos abiertos de par en par) la mantuvo de una pieza y la depositó en la última bolsa de basura. Un instante después, bajo la romántica luz de la Luna llena de luz de Luna, J. Graus se hallaba al borde del riachuelo de Lleida, vaciando las bolsas ante una manada de siluros que acudían hambrientos hacia aquella inesperada orgía de carne. Mientras tanto, J. Graus mascullaba dementemente:

– Aquí tenéis, muchachitos. Toda vuestra. No dejéis nada. Mmmm, ¡qué rica!, ¿eh? Tomad, tomad, muchachitos. Eso es, ¡eso es! Je, je, je. ¡Eso es!

Divisaba en mi imaginación (¡nítidamente!) los siluros dando piruetas bajo las aguas, como bailarinas disfrutando de su arte sin público ni jurado. Sus argénteos lomos reflejaban fabulosos destellos. Claudia erradicó mis hipnóticas visiones:

– ¡Adrián!, ¿que-si-has-a-ca-ba-do-ya? –la camarera había recogido todos los platos vacíos de mi mesa y sólo restaba el mío, casi lleno.

– ¿Eh?, ah... sí, sí... ya se lo puede llevar –dije retornando al mundo y acercando mi plato hacia sus ansiosas manos.

– Merci –contestó la camarera mientras asía mi plato, importándole un comino que me dejase todos los macarrones.

– No te han gustado, ¿verdad? –me preguntó Claudia con disimulo cuando la camarera se marchó y aprovechando que mi hermano, Acento y Aurora debatían sobre las posibles excursiones de la tarde.

– No, no mucho.

– A mí tampoco –cuchicheó con camaradería–, si lo sé me pido la ensalada, ¡que tenía una pinta!

La alusión a la ensalada me hizo volver hacia J. Graus: ya devoraba su segundo plato: un hermoso filete de carne con patatas. Suspiré.

– Creo que con el segundo hemos acertado –insinué a Claudia.

– Ya, ya me he fijado, es verdad.

Comencé a dudar si saludar a J. Graus. ¿Qué diablos le diría? «¡Hola

Jordi! ¡Mira qué casualidad! ¿Qué haces por aquí?» No, no, de ninguna manera. Decidí que le contaría la verdad: hemos acompañado a un amigo de mi hermano para pasar el fin de semana, es que se ha ligado a una de Cauterets por internet. Ya ves, amiguito mío, lo ridícula que resulta la verdad a veces.

La comida siguió su curso. Justo cuando nos tomaban nota de los postres, J. Graus y el vejete abandonaron el restaurante. Suspiré.

Por la tarde fuimos a ver Point d’Espagne y el Lac de Gaube. Maravilloso. Cascadas bajando a carcajadas por las montañas y el lago de Gaube era de un azul tan denso como el inmenso Cielo exprimido en un kilómetro cuadrado. Regresamos agotados a Cauterets, nos duchamos, picamos algo para cenar en casa de Aurora y nos marchamos al baile.

Ay, el baile, ¡el baile! No te imaginarás, amiguito mío, a quién vi allí bailando como un loco.



## **Capítulo XIV**

La música debía ser folklórica francesa, pues todo el mundo festejaba con algarabía los primeros acordes de cada tema y a nosotros (excepto a Aurora) no nos sonaban de nada. Aurora y Acento se fusionaron. Bailaban pegados, más bien solapados, todas las canciones (que en absoluto sugerían bailar de ese modo). Es más, sólo ellos formaban pareja de baile. El resto (unas doscientas personas, de todas las edades), bailoteaban, brindaban, charlaban. Conjeturamos (y acertamos) que Aurora y Acento no tardarían en fugarse a su cama del amor. Mi hermano llevaba muy bien el ritmo: ¡pero el de beber! Nos encontrábamos en una plaza del pueblo cubierta por una enorme lona. La orquesta a ras de suelo, sin escenario; apenas iluminada por tres focos frontales y secundada por un par de barras a ambos lados. Claudia estaba muy animada con sus *gintonic* y a mí me emborrachaba observar a J. Graus. A pesar de que me había acarreado numerosos problemas, no le guardaba ni una pizca de rencor. Sentía empatía hacia él. Desde que lo conocí. Aparte de lo que hizo o dejó de hacer con Marta Ayneto, me resultaba un tipo probo. Y no soy yo quien debe

juzgarlo (para ello ya están los jueces, ¡oh, los jueces!). De todas formas, resumiré mis (senti-pensa)\*mientos a continuación:

- a. Jordi Graus me caía bien.
- b. Marta Ayneto me caía lamentable.

Luego,  $a + b =$  no echaba de menos en absoluto a Marta Ayneto.

Hay quienes me tacharán de mala persona, de insensible; amiguito mío, lo sé. Seguramente la familia de la víctima haya sufrido y esté sufriendo mucho. No lo pongo en duda. Me tildarán de individualista o equivalente. Yo sólo te digo, amiguito mío, que en muchas ocasiones he visto por la noche tras la ventana de mi cocina un millón de ojos del color de los platos vacíos observándome cenar. ¿Seguimos hablando de Justicia? Mejor volvamos a Cauterets, amiguito mío, volvamos a Cauterets.

Aurora y Acento se marcharon enseguida, excusándose en una indisposición estomacal de ella. («¿Indisposición?», me dije, «¡será al revés!, disposición, ¡superdisposición!, pero un poco más abajo del estómago...»).

El vejete de la comida estaba posado en una silla plegable cerca de una barra. J. Graus revoloteaba a su lado como un murciélago ebrio. La madre que lo parió, de verdad que era gracioso el jodido. Y más con barba y boina. Con él había otras dos personas. Uno de ellos era japonés (como luego supe), bajito, ojos rasgados y pelo negro pincho. Aparte de beber a sorbos cortos, sólo hacía una cosa: descojonarse. No reírse, no, no se reía, ¡qué va!, ¡se tronchaba!, ¡pero todo el rato! «¿Se habrá comido algunas setas alucinógenas?», cavilé. Y el otro

acompañante era un italiano. Alto, moreno, con barbita. Se gustaba. Se sonreía. Bebía con afectación. Miraba a to-das sin parar (lo pillé más de una vez echándole el ojo a Claudia), igual le daba que estuviesen con pareja, que solteras, que fuesen viejas o niñas. A todas. Sin parar.

El cielo estaba precioso, sin Luna, ametrallado de estrellas.

Probablemente si yo no me hubiese acercado a saludar (la cerveza me ayudó), J. Graus no habría reparado en mí. Con su ceguera y aquella penumbra, complicado. Incluso cuando le dije «hola» y le ofrecí mi mano, le costó lo suyo reconocermelo. Me abrazó con naturalidad, creyéndome. Por supuesto le conté la verdad: lo de la cibernovia del amigo de mi hermano.

– Joder, Adrián, ¿sabes algo del asunto? El cabrón de mi abogado no me escribe –me dijo rápido cambiando el semblante.

– Sí. Sé, sé. Tenemos que hablar. Pero mejor mañana, ahora vamos borrachos y el tema es serio –repliqué.

Me miró fijamente, visiblemente angustiado.

– ¿Va todo bien?

– Mañana, mañana te lo explico –recalqué y me dirigí a la barra para finiquitar aquella conversación.

J. Graus se había dejado la barba de Dostoievski. Portaba una boina roja calada hasta las orejas que, allí embutidas, parecían más grandes. Las gafas, las mismas de siempre, eso sí. El vejete era su tío. Su nombre: Pierre.

– No se entera de nada –dijo J. Graus, haciendo un ademán para que lo dejásemos tranquilamente sentado y feliz.

Comenté a Claudia y a mi hermano que conocía «al barbudo de la boina» de los juzgados de Lleida, ocultando su verdadera identidad. Nos presentamos todos. Hiroshito se llamaba el japonés y Davide el italiano. Éste se acercó enseguida con una ronda de chupitos de whisky. Sonriendo eternamente. Hiroshito, por su parte, descojonándose a cada instante. Le pregunté simuladamente a J. Graus si el japonés había consumido algún tipo de estupefaciente y me contestó:

– ¡Nada de eso, es así siempre!

«Increíble», pensé. Pero cierto. Lo tenías que haber visto, amiguito mío, lo tenías que haber visto. Mi hermano (que estaba muy *alegre*) me daba con el codo para que mirase al japonés.

– Ya, ya –le respondía yo.

Al cabo de un par de consumiciones más, mi hermano acabó abrazándose a Hiroshito y descojonándose a dúo. Yo no podía parar de reír tampoco, ni Claudia, ni Davide, ni J. Graus. Alguna vez incluso me pareció ver al viejo Pierre esbozar una sonrisa. Al principio temí que Hiroshito se lo tomase a mal, que pensase que nos reíamos de él. ¡Pero qué va! Era absolutamente imposible que se tomase algo a mal aquel buen hombre. Imagino el fatídico supuesto en que su madre le anunciase la terrible noticia del fallecimiento de su padre: e Hiroshito partiéndose el culo. Brutal.

Davide resultaba encantador. Incluso su aire casanovesco. No era el típico engreído de rayos uva. Hablaba (castellano con bastante deje italiano) por los codos. Trabajaba como azafato de vuelo y nos contó un millón de anécdotas en media hora. Hiroshito estaba de visita, era compañero (y buen amigo) suyo y no sabía ni francés ni castellano. De todas maneras, parecía imposible que Hiroshito hablase, porque no paraba de reír.

– ¿Y de qué conoces a J. Graus? –pregunté a Davide, aprovechando que éste andaba por ahí pululando.

– Desde que vino a Cauterets hace unos meses. Nos hemos hecho buenos amigos. Mi madre se casó por segunda vez con un francés y vivieron aquí. Pierre era el mejor amigo del marido de mi madre. Y aunque ellos ya no estén, yo vengo siempre que puedo.

(A todo esto Hiroshito a lo suyo: lanzando carcajadas sordas, abriendo la boca de par en par enseñando todos sus pequeños dientes y balanceándose adelante y atrás como haciendo reverencias, como si Davide hubiese contado el mejor chiste de la historia).

– ¿Estás de vacaciones? –cuestionó Claudia.

Con la mejor de sus sonrisas, Davide respondió, palpándose la muñeca izquierda y bosquejando una mueca de dolor, que sufría un esguince grado dos y que se encontraba de baja laboral.

Y así transcurrió la noche más divertida de mi vida. Cervezas y más cervezas. Chupitos de whisky. Bailes y carcajadas. Cuando participamos de una

conga general, pensé que le iba a dar un ataque de risa a Hiroshito. No debía poder ni respirar. De todas maneras, durante algunos momentos no reía: a veces, cuando nos juntábamos en un corro para decir cualquier tontería (pues íbamos bastante borrachos), Hiroshito permanecía serio y sereno durante varios segundos y sin ton ni son estallaba a reír. Como si le hiciese gracia nuestro idioma o nuestras caras o ¡yo qué sé! porque realmente no entendía un pimiento de lo que hablábamos. Y por supuesto que Davide no se molestaba en traducirle nada. Te prometo, amiguito mío, que me hubiese traído a Hiroshito a casa para que me alegrase la vida. Pero seguramente Davide no me lo hubiese permitido.

Cuando nos despedimos mediante abrazos eternos, sobre las tres de la madrugada, nos citamos para comer el día siguiente en el restaurante París, a las dos en punto.

A lo largo de la velada, J. Graus, visiblemente preocupado, volvió al tema (a nuestro tema) en un par de ocasiones. Me lo quité de encima por fin diciéndole:

– Mi novia y mi hermano no saben nada. Haz el favor, Jordi: mañana.

El día siguiente nos dolía a rabiarse la tripa de tanto reír. Quizá a Aurora y Acento les doliese otra cosa. Amanecimos todos a mediodía, con un hambre atroz. Nos dirigimos al restaurante París. Aurora y Acento parecían enamorados hasta la médula. Sus manos seguían entrelazadas. De camino interrogamos a Aurora sobre J. Graus, Pierre, Davide e Hiroshito. Ella los conocía a todos de vista, excepto al japonés.

«¿Cómo hablar a solas con J. Graus?», cavilaba mientras entrábamos al

restaurante. Pero no apareció. Regresamos a casa después de comer, sobre las cinco de la tarde y ni rastro de J. Graus y los suyos. Pensé desde que eran una mafia asesina hasta que les habría surgido cualquier nimio inconveniente. Los planes iniciales eran marcharnos al día siguiente. Pero en los postres, Acento, asido de la mano de Aurora, anunció que él se quedaría unos días más.

– ¿No os importa, verdad? Llamaré al trabajo diciendo que estoy malo –dijo inocentemente.

– No, no, tranquilo, que tenemos coche –contestó presto mi hermano—. Si no os importa, me voy con vosotros –añadió dirigiéndose a Claudia y a mí.

– Claro, claro –asintió Claudia.

Aurora relucía de contenta. Se iban a poner las botas (del amor).

– ¿Sabes dónde viven Pierre y Jordi? –pregunté a Aurora—. Me gustaría despedirme de ellos. Igual están con una resaca enorme y no han podido venir.

– Sí, sí. Viven aquí al lado.

– ¿No os importa que vaya un momento después de comer? –pregunté a todos.

– Vamos contigo, no te preocupes –respondió Claudia.

– Ah, está bien –conluí, aunque hubiese preferido ir solo para hablar con J. Graus de lo nuestro.

Pero nadie contestó en su casa.

– Si está Pierre solo, es normal que no abra –dedujo Aurora.

Debido a mi insistencia, nuestra anfitriona oprimió el timbre de una vecina.

– Marie lo sabe todo. Ya veréis.

Pero tampoco debía estar en casa. Mala suerte. Madre mía, mi cabeza en llamas.

– Joder, con lo bien que nos lo hubiésemos pasado esta tarde con ellos –se lamentaba mi hermano.

– Parecen muy divertidos, sobre todo el italiano –indicó Aurora.

– ¿Y de qué conoces al barbudo?, ¿del trabajo? –me preguntó Claudia.

– Sí, sí, antes no llevaba barba. Era pasante de un abogado. Solía venir por allí –mentí yo.

– Menuda cuadrilla. ¡Son la hostia! –sentenció mi hermano.



## **Capítulo XV**

En casa, en Zaragoza, se me comían las paredes. No sabía qué hacer. No conseguía ni leer. Me percutía la sien. ¿Qué habría pasado con J. Graus? ¿Por qué no aparecería a comer? ¿Temía que yo llamase a la policía? ¿O quizá simplemente habrían ido al hospital a Lourdes por cualquier desorden estomacal de alguno de ellos o porque Hiroshito se había ahogado con su risa? No lo podía preguntar a nadie. ¿O sí? ¡Oh, sí!, ¡ja Aurora!, vía Acento, vía mi hermano.

Mala suerte, de nuevo. Aurora se había venido a pasar unos días con su rutilante novio. Pues sí que les había dado fuerte, ¡joder! «Ya verás, ¡ya verás!, como le birles una albóndiga del plato, ¡Aurorita!, ¡ya verás lo que te pasará!, tu querido y romántico novio aparcará su brillante tenedor en tu cráneo!», pensé muy enfadado.

No me quedaba otra que esperar acontecimientos. Pero no debían estar contruidos ni los cimientos de mis acontecimientos porque no supe nada nuevo en tres meses. Eso sí, me calmé bastante, hasta que un día decidí llamar a mi

juzgado para preguntar por mi expediente personal (y de paso, por mi caso policial).

Me contestó al teléfono Jesús Ignacio *el misas*, me habló paternalmente como siempre, muy pausada y religiosamente, como si estuviese declamando en la catedral de Colonia. Me pasó con la secretaria, Anna María *la hija de puta*. Sonó *La Primavera* de Vivaldi varios segundos y apareció su voz de hormigón:

– Buenos días (...) No se ofrece información de este tipo por teléfono. ¿Cómo sé yo que usted es quien dice ser?

Pese a que estaba ardiendo en mi interior, me despedí con un «Buenos días» y colgué. Después hube de liberar un grito de alrededor de un minuto y medio de duración. Salí de casa en busca de aire y me topé con un bochorno asfixiante en la calle. Por lo menos comencé a llover sudor. Me di un paseo de hora y media por el río. Los mosquitos debían creer que yo era una fuente de sangre potable.

– ¡Bebed!, ¡bebed, cabrones!, ¡saciaos!, ¡disecadme! –les alentaba en plan masoquista.

Claudia, como no podía ser de otra manera, estaba bastante mosca. Me animaba a que buscase otro trabajo mientras se dilucidaba mi expediente: me imprimía formidables y fantásticos (de irreales) currículum y me facilitaba bases de datos con numerosas empresas y sus correspondientes direcciones; compraba el periódico los domingos, lo abría por la sección de ofertas de empleo y lo posaba toda la semana sobre la mesa de la cocina; etc.

Mis padres seguían sin saber nada. Continuábamos yendo a comer los domingos y todo era perfecto (para ellos). El tema principal de conversación eran las travesuras de Tilico y León. Mi hermano andaba buscando empleo. La buena de Claudia también le había *arreglado* su currículum, incluso a él se lo imprimía en color. Pero a mi hermano le enfadó bastante un detalle. En la foto, arriba a la izquierda, Claudia (instada por mí) le había reducido considerablemente (mediante retoques informáticos) las melenas. ¡Estaba muy gracioso!, ¡parecía otro! Sin embargo, mi hermano, orgulloso de su inveterada cabellera, espetó:

– Si me contratan, nos tienen que contratar a los dos: a mis melenas y a mí.

Se ruborizó Claudia y yo entoné el *mea culpa*:

– Le dije yo a Claudia que te arreglase un poco el pelo, Javier. Ya sabes cómo apesta el mundo laboral. Muchas empresas si te ven con greñas, directamente ni se leen tu currículum. Es así. Qué le vamos a hacer.

Mis padres asentían. A ellos lo único que les importaba es que encontrase un buen trabajo (o un trabajo, a secas) y que completase así su reinserción social. Largo y tendido disertaría sobre esa patraña de la *reinserción social*. El sistema se llena la boca con ese tipo de pomposas expresiones. Amiguito mío, te recomiendo vehementemente *El derecho a la pereza*, de Paul Lafargue. ¡Primoroso!

La inmensa figura del invierno se erguía en el horizonte, tras las nieblas de la mañana, como un Coloso de Hielo. Desde mi cocina, gracias al viento (¡perfecto heraldo!), podía escuchar sus mastodónticas pisadas acercándose. Mi

cabeza fluctuando: «debo ir a Lérida para preguntar por lo mío, o no, que me llamen ellos si quieren algo, o si telefonease de nuevo, quizá no me conteste Jesús Ignacio *el misas*, y me informen, y Aurora ya estará en Cauterets, quizá le podría preguntar si ha visto a J. Graus, le diré a mi hermano que hable con Acento».

Pero no me decidía. Sólo pensaba (¡que no es poco!). Simplemente enviaba currículum por doquier. Un *buen* día me llamaron para concertar una entrevista. El empleo ofertado era de telefonista. La experiencia fue lamentable, tal que así:

– Buenas tardes. Cuénteme un poco qué ha estudiado y dónde ha trabajado.

– Buenas tardes. Pues estudié Derecho hasta el tercer curso. Y he trabajado de operario, almacenero, repartidor, y... últimamente de administrativo.

– Leo en su currículum que habla catalán. Tenemos bastantes clientes en Catalunya. ¿Sap parlar català de veritat?

– Eh... sí... bueno..., lo entiendo, pero me cuesta algo hablar fluido.

– Comprendo. Veo que no es muy hablador usted. En este trabajo se necesita vender. Convencer a los posibles clientes de que nuestros productos son los mejores del mercado. Mire ahí, detrás de usted, hay un cuadro. Imagínese que yo soy un posible comprador. Trate de vendérmelo.

(El cuadro en cuestión era la mayor mierda que he visto colgada sobre una

pared. Comencé a sudar como un cabrón).

– Eh... bueno, pues... eh... como puede ver es un cuadro... con muchos colores... eh... que es muy moderno... eh... y... eso... eh... es muy bonito... y ahora está de oferta... y... eh...

(Jamás me he sentido más humillado en mi vida. El entrevistador me vio tan apurado que dio por finalizada la prueba con un «De acuerdo. Muchas gracias. Tenemos sus datos. Ya puede marcharse. Le avisaríamos, en su caso»).

Y me largué. Con una rabia contenida que hubiese comenzado a reventar a puñetazos todos los putos escaparates de la calle. Pero no lo hice, y al no descargarme, me lo guardé para siempre. Ahora lo libero, pero esos posos de inmundicia seguirán dentro de mí por los siglos de los siglos. Seguramente mis hijos los heredarán. Sólo espero que algún día llegue la venganza.

## **Capítulo XVI**

Mi hermano comenzó a trabajar. ¿Gracias a los retoques informáticos de su hermosa melena? Nunca lo sabremos, amiguito mío, nunca lo sabremos. Pero mis padres estaban muy contentos (bastante más que mi hermano). Su empleo: en una fábrica de coches, de peón de cadena de producción. De esos que para poder ir a mear te ha de sustituir alguien: para que no se rompa la cadena (¿para que no se rompa la cadena digo?, ¡qué diablos!... ¡que revienten las cadenas! Sin embargo, con un «es lo que hay, ¿qué le vamos a hacer?», nos contentamos y capitulamos).

Aquellas fechas reparé en que el Sol tarda un cuarto de hora en pasar del espectacular rojo al amarillo insondable. Desde mi cocina, al lado del esponjoso radiador, con el invierno mirándome a los ojos tras la ventana. Claudia se marchaba muy temprano cada día y regresaba sobre las siete y media de la tarde. Insistía en que volviese a llamar al juzgado, visto que mi demanda laboral no gozaba de mucho éxito.

Le hice caso. A la mañana siguiente:

– Hola, Jesús Ignacio. Soy Adrián. Llamaba para ver cómo estaba mi caso.

– Buenos días, Adrián. ¿Qué tal? Claro, de acuerdo, un momento que te paso con la Secretaria.

– No, no me pases con la secretaria. Ya sé lo que me va a decir.

– Anna María está de baja. Ahora tenemos otra, una sustituta. Se llama Doña Fernanda Segura.

– Ah... (dudé en preguntarle qué tal era la nueva, pero ¿qué diablos me iba a decir *el misas* al que todo le parece rígido como un altar?) De acuerdo, pues pásamela, gracias.

(Sonó *La Primavera* de Vivaldi durante unos quince segundos)

– Dígame.

– Hola, buenos días. Soy Adrián Azcona, que trabajaba en su juzgado y estoy pendiente de que se resuelva el expediente que tengo abierto. Llamaba para ver si me podían informar, por favor, de cómo está el asunto.

– Ah, sí. Hola, buenos días. Conozco el caso. Pues ahora estamos a la espera de la respuesta a la solicitud de extradición.

– Perdona, ¿cómo dice?

– Sí. Hace ya tiempo que detuvieron al presunto autor del homicidio de Marta Ayneto en Francia, pero los trámites judiciales internacionales son

complicados.

– ¿A J. Graus?

– Sí, eso es.

– Ah... pues supongo que lo mío quedará solucionado en breve.

– Bueno, eso no lo sé, según lo que declare J. Graus. Déjeme su teléfono de todas maneras, que cuando sepa algo le llamaré.

– Claro, tome nota: Seis. Cinco. Seis. Cero. Siete. Ocho. Uno. Dos. Tres.

– De acuerdo. Lo dicho, ya le llamaré.

– Muchas gracias, adiós, buenos días.

– Buenos días.

Resoplé. Mi futuro en las manos de J. Graus. En su boca, mejor dicho. Estaba convencido de que jamás me inculparía. Aunque ese resquicio de sombra de duda siempre acecha, amiguito mío, sobre todo cuando te la juegas tanto como yo en esos momentos. Ahora sí telefoneé a mi hermano para que indagase sobre si Aurora había vuelto a ver a J. Graus o se había enterado de algo en la prensa local de Cauterets.

– Imposible saberlo. Le ha dejado de la noche a la mañana. Acento está hecho polvo. Sólo escuchar el nombre de *Aurora* y se pone a llorar como un crío. Ayer en el bar, en la tele no sé qué carajos hablaban de una aurora boreal y a Acento se le empezaron a encharcar los ojos y se fue a casa sin decir nada. Está



jodido el pobre. Muy jodido.

Única opción: esperar. Mi teléfono cobró vida propia. Lo miraba unas dos mil trescientas veces al día. Cuando sonaba (habitualmente era Claudia para preguntarme si me habían llamado) me daba un vuelco el corazón. Pero transcurrió una semana y nada nuevo.

– ¿Qué hago? ¿Vuelvo a llamar o qué? –consultaba a Claudia durante la cena.

– No sé... yo llamaría, no pierdes nada, como mucho te pueden decir que eres un pesado, nada más.

– Sí, sí, es verdad. Mañana llamo (pero no cumplí con mi palabra)

– Pero ¡llama, hombre! No esperes más. Que a ellos igual se les pasa. De todas maneras, si fuese algo malo, la policía ya habría venido a buscarte a casa.

– Hombre, gracias por las esperanzas, mujer.

Aquella noche recibí un e-mail de mi hermano. Hecho bastante insólito, por cierto. Más o menos venía a decir lo siguiente: el fin de semana anterior se había encontrado en un pub con Alejandra, aquella funcionaria de prisiones que le gustaba. Y se habían liado. Y habían quedado ya varias veces. Estaba muy contento y solicitaba mi opinión, porque pretendía llevarla a comer a casa el domingo. Yo le sugerí que «adelante, si realmente estaba seguro que la cosa iba más o menos en serio». No me respondió y hasta que llegó el domingo y entramos en casa de mis padres dudábamos si nos encontraríamos a Alejandra o

no.

Y sí. Sí estaba. Muy tímida ella. Alta, más que mi hermano, ojizarca y con la cara de acelga (de este último detalle que no se entere mi hermano, ¡por favor!). No obstante, me cayó bien. Se le veía buena persona a *Caracelga*. Prudente y educada. A mis padres y a Claudia también les cayó en gracia, se les notaba a la legua y a la lengua: pues le preguntaban acerca de su trabajo, de su familia, de sus gustos culinarios, etc. Y *Caracelga* contestaba con naturalidad.

Si te soy sincero, amiguito mío, aquella relación entre funcionaria de prisiones y expresidiario me resultaba muy pero que muy rara. ¿Tendría alguna doble intención *Caracelga*? ¿Pero qué diablos podía pretender de mi hermano o de mi familia? Si éramos de lo más normal, sin caja fuerte ni esos livianos detalles que exacerban el *amor*...

Ese lunes me llamó J. Graus en persona.

– Hola Adrián.

– ¡Jordi!, ¿qué haces?, ¿dónde estás?

– En Ponent (la cárcel de Lleida). Ingresé ayer domingo. Pasé a disposición judicial a primera hora. Y ya he cumplido varios meses en Tolouse. ¿Te acuerdas del baile de Cauterets, verdad? Pues a la mañana siguiente, a las ocho y pico, irrumpieron en mi casa los gendarmes franceses y me detuvieron. De verdad que no me lo explico. Me deshice del teléfono móvil antes de salir de España. Llegué hasta aquí en autobús. No dejé rastro. Alguien me habrá

delatado.

Su voz era apagada, maquinal pero incisiva.

– Joder... ¿y eso?, ¿pero cómo puede ser?

– Pues eso mismo espero que me digas tú. Menuda casualidad, que aparezcas tú en Cauterets y al día siguiente me detengan. ¿No crees?

No sabía qué contestar. Tenía toda la razón del mundo en su razonamiento. Debía haber una explicación, claro que sí, pero ni la más remota idea.

– Te prometo, Jordi, te prometo por mi madre que yo no he dicho nada. De verdad, créeme. Algo ha debido pasar. Yo no he sido. No iba a ser tan hijo de puta, piénsalo. Pasar toda la noche contigo habiéndote vendido al diablo. En serio, Jordi, créeme. Es una casualidad, ¡lamentable casualidad! Yo no he tenido nada que ver. Al revés, fíjate: me abrieron un expediente y me suspendieron de empleo y sueldo por sacarte la cara. No les dije nada, Jordi. ¡Nada! Sólo en lo que quedamos, en lo de la Patagonia. ¡Sólo eso! ¡De verdad, créeme, por favor!

Silencio.

– Me es muy difícil creerte, Adrián. Ten cojones y dime la verdad.

– Joder, Jordi, ¡te he dicho la verdad!, ¡jamás te hubiera delatado!, ¡en serio!

Colgó el teléfono. Y se me cayó el mundo encima.

## **Capítulo XVII**

Volví al trabajo. Me notificaron el auto de sobreseimiento, es decir: quedé libre de cargos. Me reintegraron el dinero no devengado durante aquellos meses y archivaron mi expediente disciplinario. Vuelta a la rutina. Anna María *la hija de puta* se encontraba ya en plena forma (no vi pues a su sustituta, con la que había hablado por teléfono, aquella tal Fernanda Segura, que con semejante nombre seguro le hubiese sacado un buen mote, por cierto). Ángela *mosquita muerta* seguía tan falsa y asquerosa como siempre. Carmen *la comedones* hablando todo el tiempo de recetas y dietas. Jesús Ignacio *el misas* con sus rosarios y su cristo redentor. Teresa *jubílate de una puta vez* sin jubilarse. *Mujer babuino* tan mona como siempre.

Me dediqué a revisar subrepticamente el caso de J. Graus que cumplía en Ponent en espera del juicio. En la gendarmería de Cauterets no declaró, ni durante su presidio en Tolouse, pero en Lleida ante el juez de guardia se confesó culpable, único culpable. Nadie más constaba procesado en la causa. Y por fin di

con el delator: un testigo protegido: no figuraban sus datos en el expediente. Sólo su declaración, aunque era más que obvio. En el folio 1.263 se encontraba la siguiente carta manuscrita (sobre incluido):

*Esta es mi dirección postal. Por si quieres ponerte en contacto conmigo por algún motivo.*

*Pierre Vernage Flebe.- Rue Dr. Paul Bouchet 23.- 4626 Cauterets  
(France)*

No iba firmada ni fechada. Se trataba de la carta que le envió J. Graus a su abogado: el judas. Un informe pericial caligráfico corroboraba que aquellas letras fueron escritas por J. Graus. Tomaron varias notas manuscritas de los juzgados donde había trabajado como juez sustituto para cotejarlas con el original. Resultado positivo. Incluso verificaron que las huellas de la carta eran las mismas que las de la escena del crimen.

Ergo capturaron a J. Graus por al chivatazo de su abogado. Y no era muy complicado conocer su identidad: el mismo que le asistió por el acoso sexual a Marta Ayneto. Por cierto, conocí la sentencia de este asunto: condena de catorce meses de prisión y, como responsabilidad civil, al pago a la familia de la ya desaparecida Marta Ayneto de una indemnización de 12.000 euros. Está claro que su abogado *el judas* no recurrió, ni siquiera solicitó cambiar la pena de privación de libertad por la de multa, hecho habitual, ya que J. Graus carecía de antecedentes penales.

Debía urdir un plan para contarle a J. Graus la verdad. Me la jugaba de

nuevo, pero merecía la pena. Pensé en *Caracelga*, funcionaria de prisiones. Ella, aunque trabajase en la cárcel de Zuera en Zaragoza, mediante cualquier excusa administrativa, quizá podría comunicarse con un preso de otro centro, me dije para mí, y telefoneé a mi hermano para relatarle mis propósitos.

Dicho y hecho. Ya no me podía caer mejor *Caracelga*. Ella había trabajado en la prisión de Lleida y conservaba muchos amigos allí todavía.

– Si me das una carta para él, yo la paso por valija interna a Ponent y se la hacen llegar. Sin problema –me dijo.

– Oh, muchas gracias, Alejandra. Muchas gracias de veras.

– Nada, nada, tranquilo, no es nada.

Me puse manos a la obra y escribí una especie de telegrama:

*Querido J. Graus. He visto tu expediente. Consta la carta que le enviaste a tu abogado para facilitarle tu dirección de Cauterets. Éste, pasándose por el culo el juramento hipocrático, te delató. Tu nuevo abogado, el que te han asignado de oficio para esta causa, te lo podrá confirmar. Me he enterado que el judas ha dejado la abogacía. Seguro que ha recibido un buen pellizco de la pudiente familia de Marta Ayneto. Lo siento. Cuídate mucho.*

## **Capítulo XVII**

Casi me muero cuando los vi, en la entrada del avión, saludando con un *wellcome on board* a todos los pasajeros. Nos íbamos Alejandra (ya no la llamaré más *Caracelga*, amiguito mío, pues me cae demasiado bien), mi hermano, Claudia y yo a Tokyo. Más contentos que unas castañuelas. Y allí estaban, casualidades de la vida: Davide (el italiano amigo de J. Graus) y su fiel Hiroshito. Davide con su perpetua sonrisa, con imponentes ojeras debido a una más que supuesta juerga de la noche anterior, e Hiroshito, su fiel Hiroshito, sin desternillarse, pero muy muy sonriente, al borde de la explosión de sus histriónicas y sordas carcajadas.

El trayecto, como no podía ser de otra manera, resultó fantástico. Tuvimos la suerte de que Davide e Hiroshito atendían el servicio de nuestra zona de asientos del avión. Nos proporcionaron (bajo mano) doble bandeja de comida y cena; vino, cerveza y *gintonic* gratis (las bebidas alcohólicas eran de pago); un buen puñado de magdalenas y chocolatinas; regalaron sendos frascos de colonia

a Claudia y Alejandra, etc.

Cada vez que los veíamos acercarse por el pasillo: Davide sonreía pícaramente y nos guiñaba un ojo, e Hiroshito se desternillaba en silencio a todo trapo, mostrándonos sus dos filas de pequeños dientes. Menuda pareja. Nos hicieron sentir infinitamente mejor que en clase bussiness. De ahí se infiere, amiguito mío, que la humanidad no guarda relación con el dinero.

Cuando aterrizamos, Hiroshito se nos acercó, nos miró muy serio y, estallando a reír, nos dijo:

¡Wellcome to Tokyo!